

# ITINERARIO BIOGRÁFICO

## José Ortega y Gasset – Ramiro de Maeztu

### Epistolario (1908 - 1926)

#### Primera parte

Presentación y edición de

Jorge Costa Delgado y Andrea Hormaechea Ocaña

ORCID: 0000-0001-6640-7549

ORCID: 0000-0001-8565-2312

#### Resumen

La primera etapa del epistolario entre José Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu recoge su intenso intercambio epistolar de 1908, concentrado entre los meses de julio y octubre, cuando tuvo lugar la conocida polémica pública entre ambos a propósito de los hombres y las ideas. Los dos intelectuales, protagonistas del pensamiento español del primer tercio del siglo XX, se conocían desde 1902 y su correspondencia muestra una relación íntima, afectuosa y un enorme reconocimiento intelectual mutuo, aunque no con el mismo grado en las dos direcciones. Pese a la diferencia de edad y prestigio público, Maeztu observa a Ortega con reverencia intelectual, incluso desde el desacuerdo puntual. No conservamos las respuestas de Ortega a Maeztu en este verano de 1908, pero de las cartas del vitoriano y de los artículos de prensa donde se desarrolló la polémica podemos deducir que Ortega profesaba un gran respeto por lo que Maeztu había significado de revulsivo político e intelectual en el Madrid de finales de siglo XIX, si bien no estaba a la altura filosófica de la buena nueva que el madrileño acababa de descubrir en Alemania: el neokantismo.

#### Palabras clave

Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Epistolario, Neokantismo, Regeneracionismo, Filosofía, Periodismo.

#### Abstract

The first stage of the epistolary collection between José Ortega y Gasset and Ramiro de Maeztu includes their intense epistolary exchange of 1908, concentrated between the months of July and October, when the well-known public polemic between the two took place regarding men and ideas. The two intellectuals, leading figures in Spanish thought in the first third of the 20th century, had known each other since 1902 and their correspondence shows an intimate, affectionate relationship and an enormous mutual intellectual recognition, although not to the same degree in both directions. Despite the difference in age and public prestige, Maeztu regarded Ortega with intellectual reverence, even in occasional disagreement. We do not have Ortega's replies to Maeztu in the summer of 1908, but from the letters of Maeztu and the press articles in which the polemic developed we can deduce that Ortega professed great respect for what Maeztu had meant as a political and intellectual revulsive in Madrid at the end of the 19th century, although he was not at the philosophical level of the good news that Ortega had just discovered in Germany: neo-Kantianism.

#### Keywords

Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Collected epistolary, Neo-Kantianism, Regeneracionism, Philosophy, Journalism.

El epistolario completo entre José Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu abarca el período comprendido entre 1908 y 1926, dos años antes del definitivo desencuentro entre ambos durante el viaje del filósofo madrileño a Argentina, a propósito del compromiso público de Maeztu con la Dictadura de Primo de Rivera. Este epistolario que la *Revista de Estudios Ortegaianos* procede a publicar incluye las cartas existentes en el archivo de la Fundación

#### Cómo citar este artículo:

Costa Delgado, J. y Hormaechea Ocaña, A. (2022). José Ortega y Gasset - Ramiro de Maeztu: epistolario (1908-1926). Primera parte. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (45), 35-76.  
<https://doi.org/10.63487/reo.88>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
 Estudios Ortegaianos  
 N° 45. 2022  
 noviembre-abril

Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, digitalizadas y disponibles para consulta, pero tan solo parcialmente publicadas hasta ahora<sup>1</sup>, además de una reciente adquisición por parte de la Biblioteca Nacional de España de un epistolario inédito de trece cartas manuscritas de Ortega dirigidas a Maeztu, fechadas entre 1909 y 1924. Estas cartas pasaron a manos de la Biblioteca Nacional tras su custodia por parte del presidente de la Asociación de Libreros de Lance y librero de antiguo, Pepe Berchi, hasta su fallecimiento en 2010.

En esta primera etapa, recogemos lo que nos queda de su intenso intercambio epistolar entre julio y octubre de 1908. Son las primeras cartas que conservamos entre ambos intelectuales, todas escritas por Maeztu a Ortega, aunque ellos se conocieron seis años antes, durante el verano de 1902 en Vigo, cuando el ya por entonces consagrado periodista vitoriano acudió a impartir una serie de conferencias a la Escuela Superior de Artes Industriales de la ciudad, invitado por Rafael Gasset, tío del joven Ortega. Este, por su parte, que acababa de licenciarse en Filosofía y Letras y aún no había publicado su primer artículo en la prensa, quedó impresionado por el encuentro, como testimonia la carta que escribió el 9 de agosto a su padre, José Ortega Munilla (Zamora Bonilla, 2002: 38; González Cuevas, 2003: 79).

En 1908, Ramiro de Maeztu vivía en Londres, después de haber salido precipitadamente de Madrid en 1905 tras agredir a un dibujante, en una escena que no era rara entre la bohemia madrileña de entresiglos. El sostén de Maeztu en Londres consistía en las corresponsalías que tenía en varios periódicos: *La Correspondencia de España*, *La Prensa* (de Argentina) y *Nuevo Mundo*. (González Cuevas, 2003: 107-108). Allí, además, el escritor vitoriano moderó parcialmente su conflictivo carácter y se empapó de la cultura política e intelectual inglesa de principios de siglo. Maeztu no pisaría España de nuevo, y solo temporalmente, hasta octubre de 1910. Por tanto, la relación con Ortega en este momento era exclusivamente epistolar y parece haberse retomado después de un largo intervalo de silencio coincidente con la salida de Maeztu de España: en carta del 14 de julio de 1908, el vitoriano le reprochaba al madrileño no “haber sabido algo de Vd. en estos tres años y medio”.

Ortega, por su parte, había regresado en septiembre de 1907 de su primera estancia prolongada en Marburgo, donde estuvo cerca de un año con una beca del Ministerio de Instrucción Pública. A su vuelta, inició una intensa actividad periodística en *El Imparcial* y en la revista *Faro*, que él mismo contribuyó a fundar (Zamora Bonilla, 2002: 67-68). En estos dos medios publicó Ortega los artículos con los que sostuvo la polémica previamente citada.

<sup>1</sup> En *Revista de Occidente* se publicaron dos de estas cartas. Más concretamente, en su número 65, correspondiente a octubre de 1986.

Después de un primer intercambio con Gabriel Maura entre febrero y junio (Zamora Bonilla, 2002: 70-71), Ortega se dirigió a Azorín para criticar lo que entendía como una deplorable manipulación de la filosofía al pretender ponerla al servicio de la figura de Antonio Maura, líder del Partido Conservador. Pero más allá de la crítica a Azorín, Ortega introducía otro tema de fondo: la discusión acerca de qué era prioritario para la transformación de España: ¿los hombres o las ideas? Maeztu pretendió mediar con un artículo y la polémica se orientó hacia una discusión entre el vitoriano y el madrileño. La lectura de este epistolario, acompañada de los artículos publicados en prensa, permite comprender mucho mejor todo lo que se condensó en ese intercambio, que va mucho más lejos de esa cuestión inicial. Esta conocida polémica ha sido ya muy abordada en distintas publicaciones: remito para algunas de las más destacadas a las referencias incluidas en las biografías más relevantes de los dos pensadores que nos ocupan (Zamora Bonilla, 2002: 74-79; González Cuevas, 2003: 133-138; Villacañas, 2000: 114-117).

¿Qué aporta este epistolario para la comprensión de los sentidos condensados o anudados en esa polémica?

En primer lugar, desde luego, las cartas de Maeztu muestran la evidente fe con la que Ortega defendía en este momento la filosofía idealista de raíz kantiana que venía de estudiar en Alemania. En este punto, el desacuerdo de Maeztu, como se verá, no apunta tanto al fondo filosófico de la cuestión como al tipo de intervención pública que este considera más aconsejable, en prensa –donde ambos están discutiendo– y en política:

Quiero que haga Vd. un esfuerzo por ser más amable y más claro, no que sea Vd. confuso, sino que el medio en que ha de actuar requiere sacrificarse para poder actuar eficazmente. Un lector alemán perdona el aire de superioridad a un escritor y toma de sus escritos lo que le aprovecha. Tira la mosca y bebe el agua. Pero un español arroja al mismo tiempo la mosca y el agua.

Pero esta aparente coincidencia estratégica y divergencia táctica en la que insiste repetidamente Maeztu revela, a través de su propia exposición, una clara división del trabajo que va acompañada de una jerarquía de valores: la que separa la tarea del periodista de la tarea del filósofo. La evolución de los artículos de prensa y de la correspondencia muestran a un Maeztu que pasa de la demanda de claridad o suavidad de estilo<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Véase una escueta respuesta de Ortega a esa crítica al inicio de su artículo “La moral visigótica”, *Faro*, 10 de mayo de 1908. *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, I, 166-168. A partir de ahora todas las referencias de Ortega remiten a esta edición con tomo en romanos y páginas en arábigos. En posteriores entregas del epistolario veremos cómo los dos intelectuales vuelven sobre esta cuestión.

a asumir un lugar subordinado en la relación intelectual con Ortega, al menos temporalmente:

Querido Pepe: retiro lo de desleal, lo retiro todo. Voy a ponerme a estudiar de veras para darle gusto y para que no esté Vd. condenado a monólogo. Creo en Vd., en el *hombre* que estudia..., pero, me temo que si Vd. sigue en su posición mental dentro de un par de años que dedique yo al estudio más sistemático que me sea posible, seguiremos estando lejos. Tengo que comer y que trabajar.

El vitoriano, en tanto que periodista atareado, no puede elevarse a los planos del pensamiento en los que se mueve el filósofo madrileño y se sitúa en una posición de discipulado que debe llamarnos la atención, teniendo en cuenta la diferencia de edad y de prestigio público de ambos en ese momento. Por tanto, segunda capa de sentido que se condensa en el debate: el desigual valor social e intelectual de la filosofía y el periodismo, aunque tal jerarquía no deja de plantear conflictos:

Además esa jerarquía por la aplicación, ese brahminismo [*sic*] cultural, me parece ¡inmoral! Y lo es, lo es. Necesitamos alta cultura (si quita Vd. al *alta* la calificación jerárquica para designar con el adjetivo a exégetas, metafísicos, historiadores, e investigadores de toda índole), pero necesitamos igualmente de empleados de correos que no roben las cartas, de maestros que enseñen, de buenos periodistas, de obreros entusiastas, de ingenieros que no hagan chanchullos con los contratistas, etc. etc. ¿Cree Vd. que los tendrá si empieza por hacerles sentir su inferioridad?

A ello se suma la cuestión de la dificultad de compatibilizar ambos roles:

De todos modos ya sé al escribir que hay un 1 por 1.000 de lectores que sabe *mejor* que yo lo que voy a decir, sea lo que fuere. Ello es inevitable en el periodista y yo soy periodista. Ser periodista es ser repórter de hechos o de ideas. ¿Que he cometido errores garrafales en filosofía y en economía? ¡Claro! Y en todo lo que trate. Es inevitable. No puedo menos de pensar en el asunto que traiga entre manos y ese pensamiento tiene que ser incompleto. Aunque entrañe una verdad forzosamente he de haber llegado a ella por intuición y no por el método propio a cada ramo del saber. [...] Probablemente en la cátedra vale más llegar (o no llegar) a una conclusión inexacta por buenos métodos que a una verdad por intuición. Pero en el periodismo, donde se trata de difundir pensamientos, de sugerir, de despertar, de remover, de interesar, de poner a las gentes en la pista, etc. ya es otra cosa.

Si añadimos a este binomio un tercer término –el papel del político–, tenemos una tríada que podría decirse que obsesionó a Ortega y a Maeztu a lo largo de sus trayectorias, en el modo de pensarse a sí mismos como figuras públicas y, en general, en sus intentos de imaginar y poner en práctica proyectos de transformación de la realidad social española. La posición de Ortega puede parecer

tajante en algunos momentos: “O se hace literatura o se hace precisión o se calla uno”<sup>3</sup>; pero la tensión entre esos tres roles seguirá presente durante toda su carrera.

A pesar de la diferencia jerárquica, el respeto y la mutua estima de la inteligencia que se profesaban ambos intelectuales es incuestionable. La lectura del epistolario deja ver la profunda convicción que tenían de liderar una vanguardia cultural española con la misión de revitalizar España. Como miembros de tal élite, sentían que su compromiso público pasaba por organizar un proyecto eficiente de intervención a la vez intelectual y política en la sociedad española: intelectual, elevando el nivel cultural y moral de la población a través de sus escritos; político, encontrando una forma de organización política que permitiera implementar esas ideas. Lo primero, pese a las desavenencias entre ambos, parecía más practicable, aunque Maeztu recomienda paciencia e insiste en que es un proyecto a largo plazo:

Dentro de dos años todo estará lo mismo, poco más o menos. Y nuestra obra no puede hacerse en unos cuantos meses. Vd. habla de renovar en un periquete las ideas políticas de España. En esa obra pondremos Vd. y yo los cuarenta o cincuenta años de vida intelectual que nos quedan –en estos tiempos los intelectuales suelen vivir mucho– y aunque haremos bastante, siempre será muy poco.

Respecto a lo segundo, ambos entendían en este momento que era necesaria una vía intermedia entre liberalismo y socialismo, con difícil encaje en la coyuntura política española de 1908.

Dentro de este proyecto compartido de reforma intelectual y moral de la sociedad española, las cartas de Maeztu dejan claro hasta qué punto este era consciente de a qué público se dirigía en sus intervenciones en prensa y cómo esto condicionaba su estilo de escritura: “Mi actual influjo es sobre un público burgués y provinciano, pero muy numeroso, al cual le estoy cambiando poco a poco su manera de ver muchas cosas, y le estoy preparando... para que Vd. pueda, si hace un esfuerzo de claridad, influir en él”. Pero ese no era el único condicionante: las referencias a un extenuante ritmo de trabajo y la necesidad de ganarse el sustento con sus colaboraciones periodísticas son frecuentes en la correspondencia, así como una queja un tanto resignada acerca de cómo ese ritmo de trabajo y forma de producción cultural limitaba también sus posibilidades de formación intelectual. Esto se observa especialmente cuando Maeztu trata de justificar su obra y delimitar esos roles que asignaba a periodista y filósofo dentro de ese proyecto común:

<sup>3</sup> “Algunas notas”, *Faro*, 9 de agosto de 1908, I, 198-202.

Cuando Vd. se ciña a especulaciones de pura ciencia, a Platón, a Kant, a mecánica racional, a biología, a escritura cuneiforme o a investigaciones sobre el valor del testimonio de los evangelistas, entonces será Vd. el que me ayude, sin esperanzas de reciprocidad. Entonces yo seré una vez más lo que ahora soy: un puente entre la alta cultura y la curiosidad de los que no podemos consagrarnos a ella. Porque yo creo en la necesidad de la alta cultura. La sigo a distancia, todo lo más cerca que puedo, pero nunca tan cerca como yo quisiera.

En el plano político, Maeztu y Ortega también compartían en 1908 una profesión de fe socialista. El asunto es bien conocido (Zamora Bonilla, 2002: 76-84; Villacañas, 2000: 113-126; González Cuevas, 2003: 123-124)<sup>4</sup>: el socialismo de Maeztu estaba muy influido por su cercanía al socialismo fabiano de Inglaterra y el de Ortega por su idealismo neokantiano. Ambos, por tanto, muy alejados de un socialismo marxista o de un partido de orientación obrerista. Como se ve, no era un socialismo que pudiera alinearse sin evidentes conflictos con el PSOE de la época. Al mismo tiempo, Maeztu señalaba las dificultades de mantener esa profesión de fe en público y de articular a través de ese significativo el proyecto de reforma social que anhelaban:

Me habla Vd. del socialismo. Yo también soy socialista. Pero lo que Vd. me dice se propone es: "aterrorizar al señorito, al cura y a la mujer". Y claro está que si habla Vd. de socialismo les aterroriza. Pues lo que yo me propongo es habituarles poco a poco a pensar y sentir en socialista. Primero, la cosa; luego, la palabra. [...] Estoy en el socialismo, no trabajo para otra cosa, pero me propongo tranquilamente darle toda la vida, y una vida larga, pero sin necesidad de la corbata roja y del dogmatismo mental.

Para Ortega y Maeztu en 1908, el socialismo era una herramienta para la reforma cultural de España y su valor se medía en la eficacia que tuviera para ese propósito.

Una última cuestión que conviene destacar en esta primera parte del epistolario es la importancia de la cuestión generacional en la autopercepción del lugar que ocupaban Ortega y Maeztu en el ámbito intelectual y político español. Pese a la insistencia en un proyecto común, Maeztu se sentía parte de una generación anterior a Ortega, claramente asociada al Desastre del 98 y al diagnóstico característico del regeneracionismo de desmoralización, corrupción y atraso de España:

Este aspecto íntimo de nuestra actitud debe servir para que Vd. mire con más justicia nuestras limitaciones. Enemigos en nuestro país, exóticos en el Madrid desmora-

<sup>4</sup> Dado el carácter de esta introducción, nos limitamos únicamente a citar lo que comentan las tres biografías de referencia al respecto. Obviamente, la bibliografía disponible sobre este asunto es mucho más amplia.

lizado de la Restauración, ¿qué otra cosa podíamos hacer sino gritar y protestar contra la inmoralidad en Madrid y contra la barbarie en el país vasco?

El vitoriano admiraba a Ortega como el valor más prometedor de una nueva juventud que debía enfrentar sus propios retos, pero que tenía un camino más despejado gracias a la labor de desbroce que él reivindicaba en su generación. Con ello, trataba de suavizar el juicio del joven filósofo hacia Azorín, que entendía injusto por demasiado severo y que temía se extendiera al conjunto de la Generación del 98:

¿Mi generación? Es Vd. injusto al decir que no hizo más que ver las cosas *à rebours*. ¿Qué podíamos hacer más que protestar rabiando contra todo un tinglado de falsos valores? ¿No era obra necesaria y buena? ¿No hacía falta buena cantidad de valor moral para realizarla? ¿No ha hecho bien Valle obligando a la gente a escribir algo mejor? ¿Y Unamuno echando a andar, aunque a tropezones de niño, el pensamiento español? Fíjese, además, en que nuestra obra ha sido más moral que intelectual. El Madrid a donde yo llegué en 1.897 no admiraba –hablo del mundo periodístico– más que a los espadachines del *chantage*. Sus héroes eran los Figueroas, Fernández Arias, Lerroux, Fuente, Marso (hijo), etc. etc. Nosotros hemos creado un *standard* más noble de periodista. *Azorín* le parecerá a Vd. lo que quiera (ya hablaremos) pero no es ya eso, gracias al Cielo.

Aunque, al mismo tiempo, Maeztu no obviaba su propio pasado: “verdad que viví en Madrid en un mal medio y que ahora no volvería a entrar en un café ni me disolvería en charlas”.

Pese a esa distancia generacional, hay una clara homología que Maeztu destaca en sus cartas:

El contraste entre su ideal y la realidad ha sido tan brusco que no me extraña que en los primeros roces se haya quedado Vd. sin piel. Porque ahora está Vd. andando sin piel y todo le hace daño. [...] Salvando lea diferencias de educación y de temperamento, ese mismo fue mi estado de espíritu en 1.898, el año de Santiago y de Cavite, el año que me hizo definitivamente periodista. He sido un idiota para con Vd. Yo, que no he sentido apenas más que dolores de origen objetivo (valga la palabra, aunque no acepte sino a medias eso de sujeto y objeto), no he tenido imaginación bastante para sentir su tragedia ante Maura, ante Moret, ante Cambó, ante la vanidad regionalista, ante la insustancialidad madrileña, ante nuestros literarios y periodistas, ante todo o casi todo; como he debido verla desfilar ante mis ojos a la lectura del primer artículo suyo que cayó en mis manos.

La posición estructural en la que ambos se ubicaban era la misma: la de la lucidez intelectual que miraba a Europa como referente frente a lo que percibían como un medio intelectual y político español profundamente degradado. Esta mirada atravesará los proyectos generacionales en los que se embarcará

Ortega en los años inmediatamente posteriores y en los que también participará Maeztu, cada uno desde su perspectiva.

Pero no adelantemos acontecimientos. En las próximas entregas de este epistolario abordaremos esa segunda fase, que tendrá a la *Semana Trágica* y a la posterior polémica entre Ortega y Unamuno como hitos fundamentales. Por el momento, quedémonos con esta primera imagen del vínculo personal, intelectual y político que comienza a forjarse entre estas dos grandes figuras del pensamiento español: un joven Ortega que comienza a tener un creciente protagonismo en la vida pública española, con una enorme fe en el potencial de la filosofía, y un Maeztu que entra en la madurez y busca nuevos apoyos para un proyecto de reforma cultural de España más sólido que la fallida experiencia post-98.

### **Nota a la edición**

Para esta edición se han consultado el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón y el Servicio de Manuscritos e Incunables de la Biblioteca Nacional. Se indica en nota al pie de dónde ha sido tomada la copia de cada carta para su edición.

El criterio utilizado en esta edición es cronológico y se han cruzado las cartas entre los corresponsales, de manera que su lectura mantenga la fisonomía de un diálogo.

En la transcripción, se han mantenido los rasgos estilísticos de los autores (p. e., en el caso de Ortega: flúido, riguroso) incluyendo resaltes expresivos (p. e., mayúsculas enfáticas), así como las peculiaridades morfológicas y sintácticas (leísmos, laísmos, concordancias *ab sensum*, pares de términos con y sin consonantes implosivas del tipo *substancia/sustancia*, *oscuro/oscurito*, etc., y otros rasgos propios de la ortografía del siglo pasado) y las distintas grafías en nombres de personas y lugares siempre que no sean una errata evidente. Se han normalizado los usos gráficos sin trascendencia fonética, pero se ha respetado la variación que en algún momento de la historia de la escritura haya podido tener relevancia fónica. Se mantienen las grafías que indican una falta de distinción fonémica tanto si emplean el grafema que indica la articulación del sonido en cuestión como las grafías que indican la falta de distinción mediante hipercorrección. Se mantienen también las grafías que pueden ser indicadoras de una pronunciación particular, así como reflejo de la reproducción de la oralidad de la lengua popular o hablada. Se mantienen las grafías propias de sistemas ortográficos distintos del académico y aquellas extrañas a la norma actual que pueden ser reflejo de la reciente adopción de un extranjerismo y el progreso de su adaptación al español. Se ha modernizado la acentuación en casos como *fué/fue*, *guión/guion* y otros similares.

Las palabras o expresiones breves en lenguas distintas al español se señalan en cursiva, incluso cuando no están resaltadas en la carta. Todo resalte de los autores se señala en cursiva.

Se ha evitado al máximo la intervención del editor en el texto, de modo que se mantiene la versión original incluso cuando se ha detectado algún lapsus calami –generalmente de precisión de una fuente al citar el autor de memoria. Estos lapsus se señalan en nota al pie.

Toda intervención de los editores en el texto se indica entre corchetes [ ]. Cuando una palabra o grupo de palabras ha resultado ilegible, se marca con [ileg.]. Cuando se interrumpe el manuscrito, bien porque se ha dejado una frase sin completar, bien porque falta alguna página o se han perdido unas líneas, se refleja con [...].

Las palabras que aparecen de forma abreviada en el texto se desarrollan incluyendo entre corchetes lo añadido por los editores, excepto las abreviaturas más frecuentes en los epistolarios como “Ud.”, “D.”, “Dña.”, “M.”, “Mme.”, “etc.”, “ptas.”, “cts.”, “s. r. c.” (“se ruega confirmación”), “q. b. s. m.” (“que besa su mano”), que se mantienen. Las abreviaturas utilizadas en las fechas se han desarrollado sin que se haya considerado necesario señalarlo entre corchetes. Cuando las cartas no están fechadas, se señala entre corchetes [s. f.] o se indica, también entre corchetes, la fecha que se colige de los datos de la investigación.

Todas las notas al pie, salvo que se indique lo contrario, son de los editores. En las mismas, se han anotado fechas, datos, personas aludidas, acontecimientos, etc., que se piensa que hoy requieren una explicación para un lector común.

Respecto a la puntuación, se respeta esencialmente la que aparece en las cartas, pero se ha ajustado cuando se considera que así se facilita la lectura.

Los editores han intentado intervenir en la edición sin marcar su impronta desde un punto de vista interpretativo de la obra y de la biografía de los autores de estos epistolarios, porque se trata de poner a disposición de los investigadores y del público en general nuevas fuentes, la mayoría de ellas hasta ahora inéditas o muy poco conocidas, que completan el corpus textual orteguiano al tiempo que dan información de las personas con las que se carteó y de una época muy rica de nuestra historia reciente.

**■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

---

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (2003): *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Madrid: Marcial Pons.

VILLACAÑAS, José Luis (2000): *Ramiro de Maeztu y el Ideal de la Burguesía en España*. Madrid: Espasa Calpe.

ZAMORA BONILLA, Javier (2002): *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés.

---

# JOSÉ ORTEGA Y GASSET – RAMIRO DE MAEZTU

## Epistolario (1908 - 1926)

### Primera parte

[1]<sup>1</sup>

[De Ramiro de Maeztu a José Ortega y Gasset]

3c. Blenheim Mansions,  
Marylebone, N. W.

Londres 2 de Julio 1908

Mi querido amigo:

Hace un mes me puse a escribirle una carta y por ahí, entre papeles, deben de andar once o doce páginas. Si algún día la encuentro ya se la mandaré. No recuerdo lo que le decía y me temo que la neuralgia – ¡ay, amigo, la vida grata de Londres, La Corres<sup>2</sup>, Nuevo Mundo, La Prensa, El Diluvio y las obras de teatro entre manos, producen neuralgias– me impida concentrar el pensamiento para recordarlo con la debida intensidad, porque aquella carta era tan intensa casi como el cariño que le profeso, y ya Vd. sabe que en mí comienza el afecto por la estimación intelectual y moral. Hoy esa estimación es admiración y el afecto ha crecido proporcionalmente.

Pero no me conformo con admirarle y quererle yo. Quiero que le quieran y le admiren los demás. Quiero que influya Vd. sobre el lector, sobre el lector español de cultura escasa pero de buena voluntad. Quiero que no pierda Vd. el tiempo al enfocar su acción sobre unos cuantos escritores de corazón escaso y maleado<sup>3</sup>. Quiero que Vd. comprenda que el talento en España tiene que ser amable para hacerse perdonar, y si no se hace perdonar, es decir, si no se

---

<sup>1</sup> AO, sig. C-28/1. Copia mecanografiada. Publicada en el número 65 de *Revista de Occidente*, octubre 1986, pp. 115-116.

<sup>2</sup> Se refiere a *La Correspondencia de España*.

<sup>3</sup> Posiblemente se refiere a Azorín, a quien Ortega dedicó varios artículos en tono muy crítico en los meses anteriores. Véanse: “Sobre la pequeña filosofía”, *El Imparcial*, 13 de abril de 1908 y “El cabilismo, teoría conservadora”, *El Imparcial*, 20 de mayo de 1908. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, “Sobre la pequeña filosofía”, *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, I, 162-165 e *Ibidem*, 173-175. En adelante todas las referencias de Ortega remiten a esta edición con tomo en romanos y páginas en arábigos.

escribe en tal forma que se engañe al lector persuadiéndole de que sabe tanto como el que escribe, entonces no hay lector, porque el español es poco dócil para aceptar la superioridad intelectual y lo que hace es cerrar los oídos y dejar de leer<sup>4</sup>.

Quiero que haga Vd. un esfuerzo por ser más amable y más claro, no que sea Vd. confuso, sino que el medio en que ha de actuar requiere sacrificarse para poder actuar eficazmente. Un lector alemán perdona el aire de superioridad a un escritor y toma de sus escritos lo que le aprovecha. Tira la mosca y bebe el agua. Pero un español arroja al mismo tiempo la mosca y el agua.

Ud. no puede creer que yo, deliberadamente, le haga pensar y decir cosas ineptas. Ninguna frase de mi artículo<sup>5</sup> le da motivo a Vd. para pensarlo. Y que yo no lo imaginaba también lo sabe Vd. hasta por el esfuerzo que yo he hecho por despertar atención hacia los escritos de Vd. entre lectores de periódicos donde yo escribo y donde Vd. no suele escribir.

Es Vd. muy vidrioso, Don Pepe. Me dice que le he leído con cariño pero que le he olvidado al punto<sup>6</sup>. ¿Está Vd. seguro? No quiero que Vd. se ruborice, pero... en fin, yo sé que no lo piensa. Lo que quiero a toda costa, querido Don Pepe, es que Vd. influya. ¿Lo querría si no hubiera meditado su artículo y vislumbrado en él una tendencia espiritual que me parece honda, buena, necesaria, salvadora? Y como quiero que Vd. influya le suplico haga un esfuerzo por despojarse en todo lo posible del énfasis germánico. Claro está que Vd. ha de sentir la superioridad de su cultura, de su personalidad y de su fuerza mental en este ambiente. Pero, por eso mismo, le ha de ser relativamente fácil curarse de cierta tiesura de que no podría corregirse un hombre inferior, como son esos escritores de por ahí que vuelven los ojos cuando se les dice algo que no saben. Los españoles, generalmente, no pueden admirar como no desprecien, ni despreciar cuando no admiran. Todos sentimos demasiado la personalidad. Todos somos egotistas. Y Vd. ya sabe el dicho budista: "Porque el odio no se combate con el odio; el odio se combate con el amor, tal es su naturaleza". Aplique el dicho al egotismo y verá que la manera de combatirlo es la humildad. No

<sup>4</sup> Maeztu retoma aquí discusiones previas con Ortega a propósito de dos cuestiones: las exigencias intelectuales que imponía el estilo periodístico del filósofo madrileño y el idealismo que este intentaba introducir después de sus primeras estancias en Marburgo. Estas discusiones ya habían salido a la luz pública como artículos de prensa en fechas anteriores. Véanse por parte de Ortega: "La moral visigótica", I, 166-168; "¿Hombres o ideas?", II, 27-30 y, más adelante, "Algunas notas", I, 198-202. Por parte de Maeztu: "Hombres, ideas, obras", *Nuevo Mundo*, 18 de junio de 1908.

<sup>5</sup> Se refiere al ya citado "Hombres, ideas, obras", ob. cit., publicado en *Faro*, el 28 de junio de 1908.

<sup>6</sup> Maeztu se refiere a una frase que Ortega le dirige en el artículo "¿Hombres o ideas?", ob. cit.

quiero que no le miren a Vd. a los ojos. Y por eso le ruego haga un esfuerzo por ser más amable y más sencillo. Es cuestión de dar una media vuelta a la manera de escribir. En vez de hacerlo con el tono de: “yo sé esto”, hágalo diciendo, “como todos sabemos”. Y verá cómo entonces le miran y así podrá hacer la obra caritativa de enseñar al que no sabe.

Eso es lo que quiero. ¿Me quiere Vd. mal por quererlo?

Le envío, correo aparte, un retrato. Dígame si lo ha recibido. En otro tiempo solía decirme que yo tenía el aspecto muy cansado. De entonces acá habré escrito unos 2.000 artículos. Sin embargo, creo que me encontraría Vd. más joven. El color empieza a volver a mis carrillos. He pasado lo menos 18 años de mi vida soñando con ser hombre de buen color. Creo que, al fin, lo voy a conseguir. Y esa perspectiva me alegra infinito. ¿Me perdona Vd. esta vanidad?

Aún no sé si replicaré a su artículo. Acaso lo haga hablando de Ariel y de Calibán. (El pretencioso de Rodó se ha dejado a Próspero en el tintero<sup>7</sup>) Pero... ¡ay, qué neuralgia! El “hermano mayor” está hoy malito... pero le quiere a Vd. con toda su alma.

Ramiro de Maeztu

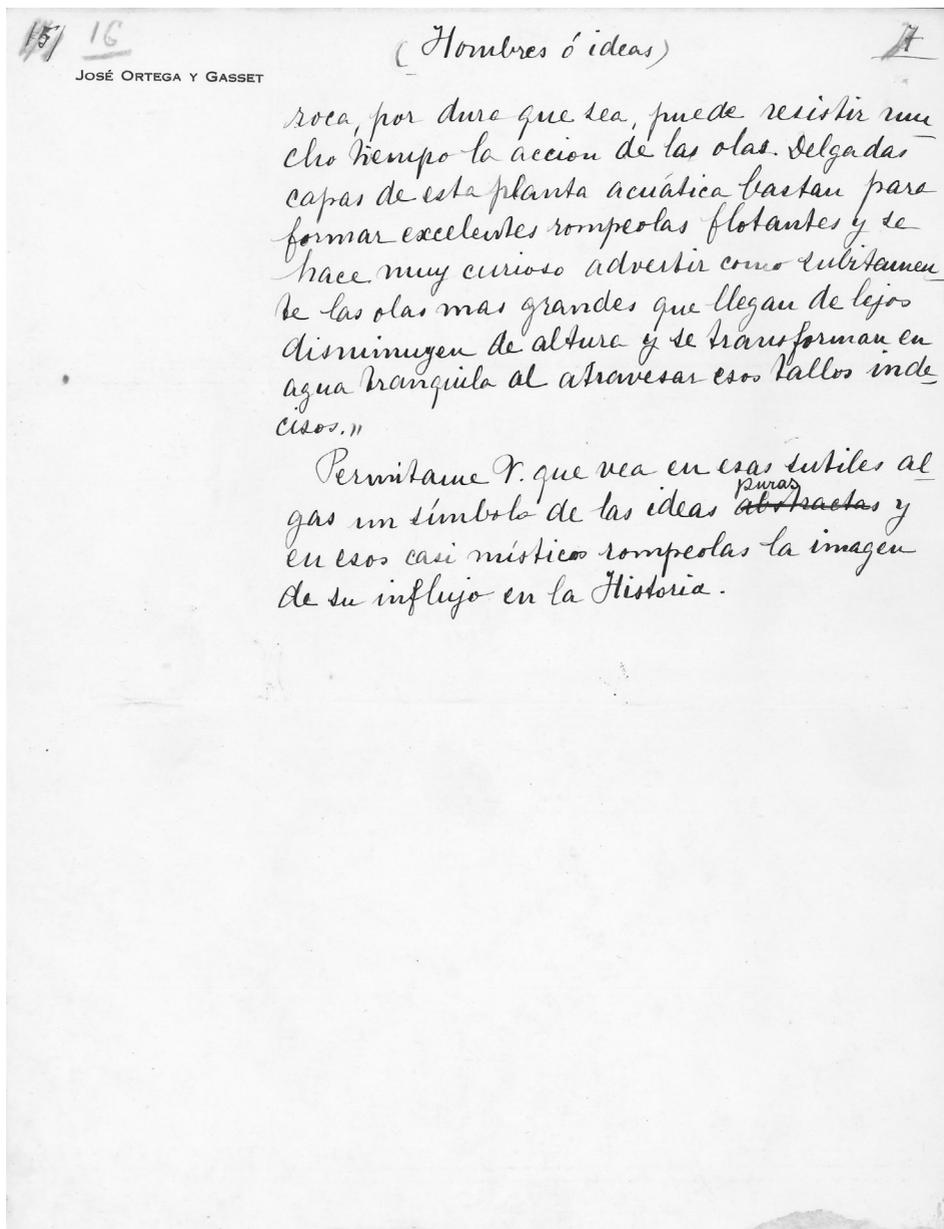
<sup>7</sup> José Enrique Rodó, escritor uruguayo modernista, referente de una corriente ideológica denominada arielismo a partir de su obra *Ariel*, de 1900. Dicha corriente reivindicaba para América Latina la tradición grecolatina basada en la herencia española frente a la influencia materialista anglosajona. Rodó publicaría también en 1913 el ensayo *El mirador de Próspero*.

9/ 10/1  
 JOSÉ ORTEGA Y GASSET  
 Junio, 1908  
 en P.O.C.  
 J.º O.C. I, 439

¡Hombres ó ideas?  
 - para Ramiro de Maeztu en Londres -

En el último número de "Nuevo Mundo" pone Va. querido Maeztu, una glosa á un artículo mío sobre el habilitismo de la que salen muy mal paradas las teorías que defiendo. Claro está que yo, personalmente, no quedo muy lucido, pero esto sería lo de menos. El yo, la terrible cosa del yo, que solía hacer recordar á Beauau el agujero cómico de la mujer "fornicadora" me interesa muy raras veces cuando se trata del yo ajeno, pero nunca cuando se trata del propio yo, y si no resultara de excesiva rimbombancia, en lugar de yo escribiría siempre nosotros, como hacían los griegos, hombres de divino empuje y objetivo que llevaban la galantería hasta la metafísica.

En esta cuestión de si son mas importantes las ideas ó los hombres me asigna V. un papel lamentable y además un poco ridiculo: según mis opiniones - dice V. - habría que creer que andan solas las ideas. Leyendo esto me he puesto á recordar los tiempos, no muy lejanos en que unidos por estrecha amistad íbamos á lo largo de estas calles torvas madrileñas, como un hermano mayor y un hermano menor, entretejiendo nuestros puros y ardientes empujes de acción ideal. Y no



Primera y última página del manuscrito del artículo "¿Hombres o ideas?" publicado en *Faro*, el 28 de junio de 1908.

[2]<sup>8</sup>

[De Ramiro de Maeztu a José Ortega y Gasset]

3c. Blenheim Mansions,  
Marylebone, N. W.

Londres 14 de Julio 1908

Querido Pepe:

Ante todo, ¡descanse Vd. unos días! Se ha olvidado de poner “Londres” al sobre de la carta<sup>9</sup>, y se ha comido muchas palabras en las últimas páginas. Ello me indica que está Vd. cansado. No me extraña. Ha puesto mucha carne en el asador. Ha escrito Vd. con toda su alma. La nota suya es la única que se ha dado en los últimos tiempos en España, la única que me ha removido profundamente, y yo tengo fe ciega en mi sensibilidad intelectual. Lo que me agite profundamente, eso es lo bueno. Primero no me gusta –es natural– luego... luego, no sé! La fuerza personal que Vd. aporta es indiscutible, y he de contribuir a que se reconozca, tanto por las que Vd. llama reticencias hostiles –acaso tenga Vd. razón– como por el elogio franco. En cuanto al problema objetivo que Vd. plantea... pero ¡Dios mío! ¿no hay ya una contradicción en términos al decir “el problema objetivo que usted plantea!”? [¿]Usted, usted, usted, la idea en el hombre, el hombre en la idea?

Pero aunque pudiera dejar aparte esa contradicción inicial –y no puedo dejarla de lado– tengo que poner muchos reparos a su carta. No ya personales. Estoy seguro de que seremos dentro de diez años tan buenos amigos como lo éramos hace siete<sup>10</sup>. Creo que Vd. me puede ayudar mucho en lo que es más fundamental: el desarrollo del alma en el espíritu (Ya Vd. conoce mejor que yo la vieja tesis de los tres planos: cuerpo, alma (conciencia individual) y espíritu (conciencia universal *mind staff*). Pero también creo que yo puedo serle a Vd. útil al menos en su actual periodo de actuación periodística. Cuando Vd. se ciña a especulaciones de pura ciencia, a Platón, a Kant, a mecánica racional, a biología, a escritura cuneiforme o a investigaciones sobre el valor del testimonio

<sup>8</sup> AO, sig. C-28/2. Copia mecanografiada.

<sup>9</sup> No se conservan todas las cartas de la correspondencia entre Maeztu y Ortega, que debió ser mucho más abundante que la que ha llegado hasta nuestros días.

<sup>10</sup> De tomar literalmente esta frase de Maeztu, la amistad entre ambos intelectuales se remontaría a 1901; sin embargo, los biógrafos de Ortega y Maeztu sitúan su primer encuentro en junio de 1902, en Vigo, a propósito de unas conferencias impartidas por el vitoriano en la Escuela Superior de Artes Industriales, dirigida por Ramón Gasset, tío del filósofo madrileño.

de los evangelistas, entonces será Vd. el que me ayude, sin esperanzas de reciprocidad. Entonces yo seré una vez más lo que ahora soy: un puente entre la alta cultura y la curiosidad de los que no podemos consagrarnos a ella. Porque yo creo en la necesidad de la alta cultura. La sigo a distancia, todo lo más cerca que puedo, pero nunca tan cerca como yo quisiera. ¿Que nunca le concederé a Vd. la necesidad de la alta cultura? ¡Querido Don Pepe! ¿no teme Vd. ser algo injusto? ¿Por qué no piensa Vd. al contrario, que la alta cultura necesita tanto de hombres como yo, como los hombres como yo necesitamos de alta cultura? ¿En qué plano me coloca Vd. entonces?

¡Mi patriotismo! ¿Pero qué es mi patriotismo sino deseo de que España *sirva* al mundo, de que deje de ser parasitaria en la obra común de la cultura, de que no viva de prestado, de que contribuya a la progresiva ampliación en espíritu de las almas humanas, a la espiritualización de la materia, al progreso, a nuestra fe común, de Vd. y mía? ¿Qué persigo como no sea eso, hasta cuando hablo de aranceles, hasta cuando parece que condeno ideas que quiero, porque prefiero condenarlas, a condición de despertar curiosidad en torno de ellas, a que la gente no se interese nada?

Pero Vd. ha vuelto a España con la cabeza fuerte y llena<sup>11</sup> –aquí sigo incurriendo, a su juicio, en mi error de no ver sino cuestiones psicológicas donde hay problemas objetivos–. Salta Vd. de Harnack<sup>12</sup> y cae en Cambó, ¡y no puede darse cuenta de que Cambó, en España, es el síntoma de un enorme progreso! ¡De que ese revuelo despertado por los artículos de Vd. no lo habría podido suscitar sin el ocasionado por la petulancia solidaria! –Yo le envidio a Vd. estos meses. Escribe Vd. con sangre, con la propia sangre. El contraste entre su ideal y la realidad ha sido tan brusco que no me extraña que en los primeros roces se haya quedado Vd. sin piel. Porque ahora está Vd. andando sin piel y todo le hace daño. Yo fui injusto al llamarlo vidrioso. Ahora me doy cuenta de que Vd. debe de estar como si se le hubieran roto al mismo tiempo las diez uñas. Así he vivido yo años y años. Su carta me hace recordármelo... y aún me parece que fue una pesadilla. He sido un estúpido al no pensar tanto en *usted* como en su problema objetivo (?). Usted solía decirme en Vigo y luego en Madrid que desde Fíguro hasta ahora se habían dedicado todos los españoles cultos a hablar mal de España, y se dolía fuertemente de ello. ¿Se acuerda Vd.? Yo he debido pensar en lo que esa queja de Vd. me anunciaba y consiguientemente he debido ver hace dos meses –lo habría visto a haber sabido algo de

<sup>11</sup> Ortega regresó a España en 1907 después de pasar un año formándose con los neokantianos Cohen y Natorp en Marburgo, aunque ya había estado en Alemania anteriormente, en Leipzig y Berlín

<sup>12</sup> Adolf von Harnack (1851-1930), teólogo e historiador luterano alemán.

Vd. en estos tres años y medio— que el hecho de irrumpir Vd. en los periódicos con un pesimismo que supera al de todos sus antecesores entrañaba toda una tragedia espiritual que salta de las entrelíneas de todos sus escritos y que se hace evidente en su carta última. Salvando lea diferencias de educación y de temperamento, ese mismo fue mi estado de espíritu en 1.898, el año de Santiago y de Cavite, el año que me hizo definitivamente periodista<sup>15</sup>. He sido un idiota para con Vd. Yo, que no he sentido apenas más que dolores de origen objetivo (valga la palabra, aunque no acepte sino a medias eso de sujeto y objeto), no he tenido imaginación bastante para sentir su tragedia ante Maura, ante Moret, ante Cambó, ante la vanidad regionalista, ante la insustancialidad madrileña, ante nuestros literarios y periodistas, ante todo o casi todo; como he debido verla desfilar ante mis ojos a la lectura del primer artículo suyo que cayó en mis manos. ¿Me lo perdona usted? Pero es culpa suya, por no haberme escrito.

A medida que le escribo me parece como que se me están cayendo las telarañas de los ojos. Empiezo a ver claro en claro en Vd., a pesar de su empeño en ocultarse tras ese condenado objetivismo. (El adjetivo es solamente una interjección).— Y perdóneme que siga con mi método psicológico; ya verá como todos los caminos... El caso es que me había olvidado de Vd., de su fibra moral, de su civismo; me había olvidado de eso, porque mi modestia me había hecho olvidarme de mí mismo y de mi posible influencia moral sobre Vd. —Tiene Vd. razón al decirme que Vd. debía dar un paso adelante sobre Costa y sobre mí. ¡Eso es! En 1.898 yo debí alzarme contra la catástrofe material y su causa inmediata —¡aquella enorme granjería ambiente! (Las mujeres escribiendo a sus maridos militares suplicándoles que robaran, los periódicos poniendo aduana para cobrar comisión a los ladrones repatriados, los Figueroas en el zénit de su carrera<sup>14</sup>, etc., etc., etc.) Bueno; en 1.908 el problema que ante Vd. se ofrece es otro: el de la mentira, el de los partidos políticos fundamentados en la mentira, el de la indiferencia de los intelectuales ante la verdad. Todo falso, todo falso, y Unamuno jactándose de cambiar de ideas como de corbatas, y los solidarios fundamentando un partido en teorías que no resisten el análisis, y los catedráticos vendiendo ideas que no examinan, y los curas haciendo lo propio, y todo el mundo resignado a cambiar esa moneda de pesetas y billetes del Banco de España que nunca se sabe lo que valen.

He dicho que es otro; no, es el mismo problema. A mí me tocó luchar por la fijeza y la precisión en el valor de las pesetas (aún fluctuante, pero con menores

<sup>15</sup> Maeztu comenzó a publicar en prensa poco después de regresar a España desde Cuba en 1894, pero el “Desastre del 98” coincide prácticamente con su instalación en Madrid, después de huir de Bilbao por motivos políticos.

<sup>14</sup> En posible referencia a Augusto Suárez de Figueroa, periodista malagueño muy conocido en el Madrid de finales de siglo XIX. También fue militar en su juventud, concejal del Ayuntamiento de Madrid y diputado a Cortes.

oscilaciones): a Vd. por la precisión [en] el valor de las ideas. Siempre el mismo problema de la moralidad; para mí enfocado *grosso modo* en el caciquismo, en los anarquistas subvencionados por Gobernación, en etc., etc., etc.; para Vd. vislumbrado de un modo más sutil, en las ideas. Para mí, sobre todo, moralidad en la conducta como más urgente. Para Vd. moralidad en el pensamiento, veracidad precisa. La misma cosa, pero en dos momentos diferentes. Yo tuve que juzgar a España desde el punto de vista de la conciencia cívica europea; usted ha tenido que hacerlo desde la ventana de la conciencia mental europea.

¡Ay, Don Pepe! No sabe Vd. la alegría que me va inundando a medida que pienso y escribo. Cada uno tiene su método de llegar a entender. El mío es psicológico ante todo. Ahora veo claro. Va Vd. a España del país que más se ha distinguido por su disciplina mental y en el momento en que, gracias al impulso inicial de Alemania, hay actualmente en Europa y Norte América centenares de hombres que dedican su vida a interpretar con precisión casi matemática el valor de cada palabra en los Evangelios y en el Antiguo Testamento. Jamás se han apurado los detalles de la cuestión religiosa con tanto rigor de disciplina como ahora. Y ese rigor se manifiesta en todos los órdenes de la cultura. El contraste con Europa debe hacerle el mismo daño que a mí me hacía la baja del oro en los puertos cada vez que llegaba un barco de repatriados. En los artículos de Vd. sigo viendo petulancia, pero una petulancia necesaria, fatal, el resultado de su sensibilidad intelectual herida y de la violenta reacción para defenderse de todas las cosas que le dañan tan dolorosamente. Eso no quita para que siga pensando que el tono de sus artículos les hace daño, como también hizo a los míos de hace diez años. Pero de ese tono no es Vd. responsable sino el ambiente en que ahora se halla. No es de egotismo de lo que he debido culparle, –retiro la palabra y la idea– sino de irritación. Una cosa es la indignación profunda y otra la irritación. Guarde Vd. cuidadosamente la primera, pero haga un esfuerzo por curarse de la segunda, aunque no sea culpa cuya. En este sentido le renuevo, con más fuerza si cabe, la súplica de mi carta anterior.

No es tanto cansancio lo que Vd. tiene, sino dolorosa irritación. ¿Qué está Vd. más triste? [¡]Claro, mi buen amigo, claro! ¿Que está Vd. solo porque la gente se aburre a su lado? No, Don Pepe; es Vd. demasiado modesto; está Vd. solo porque no puede soportar la mentira de los demás, y porque Vd. en esta hora crítica juzga Vd. mentira lo que, en muchos casos, solo es error o incomprensión o cortedad en el vuelo mental o *primo vivere, deinde...* etc. Pero no está ya Vd. solo. Ahora, Don Pepe, veo claro lo que Vd. trae, pero conste que he llegado a verlo con mis métodos y sin necesidad de meditar objetivamente lo objetivo, mejor dicho, a pesar de haber meditado objetivamente lo objetivo. Ha sido necesario que volviera a mis análisis psicológicos e inductivos para que volviera a sentir por Vd. no el amor fraternal que le tuve al conocerle; siem-

pre se lo he tenido; pero sí la creencia en Vd. Ahora ya no volvería a escribir como he escrito un artículo que envié la semana anterior al *Nuevo Mundo* pero que, según carta de Perojo, solo se publicará la próxima<sup>15</sup>. No lo retiro, porque hay muchas cosas que están bien, pero, como le digo, hoy le escribiría de otro modo. Es lo malo del sistema de andar barrenando entre las cosas. Nada de lo que se hace es definitivo, pero cada día se perfora más. Además, el artículo del *Nuevo Mundo* ha de hacerle a Vd. bien; lo que siento es que resulta demasiado objetivo, hablo demasiado de las ideas, de los hombres y de mi tesis favorita del desarrollo, pero no hablo bastante de usted.

Ya verá en ese artículo algo de lo que pienso de su doctrinarismo. Sobre ese tema discutiremos todo lo que Vd. quiera y es posible que le salga muchas veces al camino. Su punto de vista sobre las ideas –que me parece ser análogo al de Platón, tal como lo interpretaban los realistas del año 1.000– no es el mío. En el debate de *universalia ante rem, in re o post rem*, yo estoy más bien con Abelardo: *universalia in mente*, la vía media entre realistas y nominalistas. Y si esta simpatía no concordara ya con la tesis de la idea en el hombre y el hombre en la idea y Vd. me permitiera una chanza –¡pero que conste que es solo una chanza!– le diría que mi adhesión al conceptualismo se explica porque Abelardo, como buen enamorado, me es doblemente simpático.

Esa fase de doctrinarismo porque está Vd. pasando no me parece peligrosa para Vd. Saldrá de ella más fuerte que antes. Pero ¿no teme Vd. que algunos de sus lectores, de menos potencia mental se aferren a un escolasticismo que no por ser liberal deje de parecerse en cierto modo al recomendado en la Encíclica *Pascendi*<sup>16</sup>, que me recuerda al confesor mío y profesor de latín, que me hacía leer a Santo Tomás y me enseñaba a despreciar la experiencia, la historia y el fenomenalismo como *mera eruditio qua postea facillime acquiritur*, diciéndome que bastaba la doctrina?

Exagero un poco, porque estoy ya de buen humor. Ya sé que Vd. es el primero en creer en la historia y en la experiencia. Pero también Vd. exagera al conceder tanta importancia a Hume en el partido *tory* y a Adam Smith en el liberal. Y en todo caso, ¡Hume fue un hombre! [¡]*Universalia in mente*!

Unos cuantos reparos sueltos más. Ya le he dicho que en lo que me parece substancial Vd. me va a tener en adelante al lado suyo, con todo el calor que me quede. “Hay que acorrallar el achabacanamiento español”. Conforme, cada uno con sus métodos: el *sursum corda* es también un método. Pero me lo pide Vd. diciéndome: “mire que dentro de poco va a ser de mal gusto hablar de Verdad,

<sup>15</sup> “Hombres, ideas, desarrollo”, *Nuevo Mundo*, 23 de julio de 1908. Maeztu continúa en este artículo el intercambio cruzado con los artículos y cartas de Ortega.

<sup>16</sup> Encíclica promulgada por Pío X en 1907 contra el modernismo teológico.

de Justicia, de Libertad”. Y yo creo que incurre Vd. en error. Ahora es cuando en España empieza a poder hablarse seriamente de Verdad (y Vd. ha contruido poderosamente a ello). No se lo digo por adularlo, sino por corregir un error que se parece al fundamental de Costa. Somos bárbaros, pero mucho menos bárbaros que antes. La Libertad a lo Riego, ni la Justicia a lo Nakens<sup>17</sup> y Alcalde de Salamea<sup>18</sup> [sic] no son su Libertad y su Justicia. Estamos muy abajo, pero no tan abajo. Esos neos<sup>19</sup> son muy brutos, pero no tan brutos como los de antes. ¿Habrían retirado el proyecto de terrorismo hace veinte años ante cuatro palabras de Pablo Iglesias?

“¡Cuidado con la tierra de los hombres simpáticos!” ¡Cuidado con el unanimismo! le digo yo. Y además, ¿por qué no entiende Vd. “simpático” en griego? Usted, que lo es así, porque “padece con” los españoles y por ellos?

“Es preciso que simulemos nosotros un gesto petulante aún más fuerte para dominar a los petulantes con sus propias armas”. No, querido Pepe; eso no lo ha hecho Vd. deliberadamente, eso me lo dice a posteriori. Usted se ha erguido de indignación. Así hice yo hace diez años, y ahora es cuando veo que hice mal, que perdí el tiempo. ¿Por qué no ha de aprovecharse Vd. de mi experiencia? ¿Por qué no prueba el camino del amor, no ya solo en el fondo, sino etc.?

Otro reparo, ¡el más espinoso! Vd. me menosprecia intelectualmente algo más de lo justo y de paso incurre en un error de valoración, que me parece más importante que ese menosprecio. Se lo digo con absoluta tranquilidad, como sin Maeztu fuera un tercero. Los artículos de Maeztu son una cosa –y Vd. no lee los más intensos–; Maeztu es un poco más. En estos tres años, por ejemplo, el problema que más le ha afectado y con el que está acaso en contacto más inmediato que los del socialismo y el feminismo –con ser estos tan hondos– es el del modernismo. En este problema no ha hecho ni podido hacer investigaciones propias, pero hasta ahora le va consagrando más de treinta artículos que Vd. no ha leído. Y Vd. que ha escrito sobre *Il Santo* un artículo de que me han hablado pero que yo no he leído<sup>20</sup>, ya sabe lo que envuelve el seguir este asunto y tratar de remontarse a sus orígenes y de mirarlo en las más facetas posibles. En ese plano caen los más de esos problemas humanos que Vd. niega estén en la conciencia de Maeztu. Pero, ¿por qué no recuerda Vd. a San Pablo cuando decía

<sup>17</sup> José Nakens Pérez (1841-1926), periodista republicano y anticlerical, director del semanario *El Motín*. En 1908 acababa de salir de prisión mediante un indulto del gobierno de Maura, tras haber sido condenado por encubrir a Mateo Morral, anarquista que atentó contra Alfonso XIII en 1906.

<sup>18</sup> En referencia a la obra de Calderón de la Barca: *El alcalde de Zalamea* (1636).

<sup>19</sup> Abreviatura despectiva que se refiere a los neocatólicos.

<sup>20</sup> Artículos de Ortega “Sobre El Santo”, publicados en *Faro* el 22 y 29 de junio de 1908, recogidos después en *Personas, obras, cosas*, II, 19-26.

aquello de: “os doy leche, porque soy niño” [sic]<sup>21</sup>? Piense que yo no escribo artículos para Vd. sino para el público.

Vamos ahora con el error de valoración. Dice Vd. que yo no admito un punto de vista superior al mío, ni otra acción más elevada. Es verdad: no puedo admitirlo, ni subjetiva, ni objetivamente. Admito otros puntos de vista, otra clase de acción. Reconozco la necesidad de la alta cultura. Más: reconozco la superioridad de otros espíritus, la superioridad moral, la superioridad intelectual. Yo no soy ascético, y reconozco la superioridad del asceta. Me doy perfecta cuenta de mis limitaciones. Sé que no tengo la concentración mental de Kant y ni siquiera el saber a mano de Unamuno o el vocabulario de Azorín, o la gracia de France<sup>22</sup>. En Vd. que es más joven que yo, reconozco buen número de superioridades. Yo quisiera tener muchas cosas que me faltan, pero ¿voy a suicidarme porque me faltan? Doy lo que tengo y procuro todos los días tener un poco más.

Pero no puedo admitir esa jerarquía cultural que Vd., como Platón, da por sentada. La jerarquía que yo admito es la de las almas; más comprensivas, menos; cerebros más firmes, menos firmes. Pero no puedo admitir una jerarquía que se funda en la aplicación del alma. Entre mis compañeros de Club hay varios *sportsman* que pueden leer a Platón en griego. Yo no puedo hacerlo, y acaso me muera sin poderlo hacer. ¿Cómo quiere Vd. que yo crea que el camino de Oxford y Cambridge sea el único para llegar “al punto de vista más hondo y último de las cuestiones”? Que es buen camino no se lo niego; que sea el único, sí, y con toda mi alma. Entre estos *sportmen* y Vd. no hay de común más que el griego.

Censúreme a mí todo lo que quiera; cuantas más limitaciones encuentre Vd. en mí, tanto mayor bien puede hacerme, si aún tengo elasticidad bastante para irme corrigiendo, pero no hable mal del periodismo como escuela mental. Ese es un error de valoración. Tal vez se trate de la forma más elevada de la literatura; probablemente Bernard Shaw tiene razón cuando dice que toda la literatura elevada es periodismo. Probablemente Platón no se cuidó más que de infundir algo de buen sentido a los hombres de su momento; y otros escritores que tratan de coleccionar vulgaridades que no sean para un día, sino para todo tiempo solo consiguen que en ningún tiempo se les lea. El sentido histórico —el de la evolución, el crecimiento, el desarrollo— lo mismo puede desarrollarse en el estudio atento de los sucesos de hace mil años que en los del día. ¿Por qué ha de valer más el estudio de Gibbon de la decadencia romana<sup>23</sup> que el de la gue-

<sup>21</sup> Probablemente Maeztu quería decir “sois niños”.

<sup>22</sup> Difícil de leer, pero parece referirse a Anatole France.

<sup>23</sup> Edward Gibbon: *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, escrita entre 1776 y 1789.

rra ruso-japonesa, por ejemplo? El buen periodista estudia su momento; no lo domina, no puede dominarlo, pero, ¿quién puede jactarse de dominar ningún otro momento? ¿quién puede envanecerse de poseer el cómo de la evolución de las sociedades humanas, cuando apenas empiezan los psicólogos a estudiar la inmensa importancia de lo subconsciente de nuestra alma?

¡El punto último de las cuestiones históricas y racionales! Todos los buscamos; unos en la metafísica, otros en el criticismo de las Escrituras o en la biología o en los rayos X o en la historia griega o entre las ruinas de Babilonia o –en los sucesos del momento. ¿Por qué no contribuir también a ese estudio en los sucesos del momento?– ¿La síntesis única? Mi querido amigo, ¿está Vd. seguro de que su síntesis, su sistema de ahora, será su síntesis dentro de cinco años?

No establezca Vd. artificiosas superioridades fundadas en el género de estudios; no funde Vd. superioridades en la aplicación del talento: el epigrama de Marcial vale tanto como la epopeya de Voltaire. Fúndelas en la obra, y, mejor, en el espíritu de cada uno. –No me adule Vd. queriendo usar conmigo de franqueza brutal. Los defectos míos, intelectuales y morales, no provienen de haber sido periodista y pobre, sino de causas más íntimas y mucho más penosas. Algunas las conozco –y varias me avergüenzan– otras, debiera conocerlas, y las ignoro; otras, por pertenecer al plano de lo subconsciente, me son desconocidas. Y entre esos defectos hay algunos que, dado mi momento, son glorias legítimas.

Además esa jerarquía por la aplicación, ese brahminismo [sic] cultural, me parece ¡inmoral! Y lo es, lo es. Necesitamos alta cultura (si quita Vd. *al alta* la calificación jerárquica para designar con el adjetivo a exégetas, metafísicos, historiadores, e investigadores de toda índole), pero necesitamos igualmente de empleados de correos que no roben las cartas, de maestros que enseñen, de buenos periodistas, de obreros entusiastas, de ingenieros que no hagan chanchullos con los contratistas, etc. etc. ¿Cree Vd. que los tendrá si empieza por hacerles sentir su inferioridad? –Pienso en una hermanita mía que es maestra en la escuela más pobre de Bilbao<sup>24</sup>. Tiene el espíritu más noble y delicado que conozco. Su inteligencia es firme; acaban de darle matrícula de honor en exámenes de la facultad de Filosofía y Letras. ¿Será su punto de vista inferior al mío, será su acción menos elevada que la mía porque ella la pone en una escuela de párvulos –haciendo, de paso, una revolución pedagógica en todo el Norte de España, odiada y anatematizada por los jesuitas, bendecida por los socialistas

<sup>24</sup> María de Maeztu, a quien Ortega acogerá en Madrid en 1909, dando lugar a una prolongada y cercana relación. Para conocer más sobre la relación entre María de Maeztu y José Ortega y Gasset véase María Luisa Maillard (ed.), “Epistolario Ortega y Gasset – María de Maeztu (1910-1947)”, *Revista de Estudios Orteguianos*, n° 43 y 44, noviembre 2021 y mayo 2022.

y los republicanos, colocada en el punto heroico de la lucha— y porque yo la enfoco en los periódicos? No, amigo mío; la aplicación es cosa secundaria; lo importante es ensanchar el alma individual en obra colectiva, de metafísica o de párvulos, de correos o de periodismo, de agricultura o de lo que sea. —Y Vd. mi querido contrincante, [¡]Vd. está ahora haciendo periodismo!

Tengo que acabar. Perdóneme Vd. He cometido la torpeza de no haber visto hasta hoy claro en su tragedia espiritual. Veo que ha sufrido Vd. tanto como yo hace algunos años, tal vez más. Como yo tenía que ganarme la vida, esa necesidad me distrajo a menudo de ese otro dolor objetivo de Hamlet: “El mundo está desequilibrado ¡y yo he nacido para ponerlo en orden!”. Usted no ha tenido ningún pretexto para distraerse. ¡Descanse Vd. unos días o trate de serenarse! Piense siempre que dentro de cuarenta años todavía podremos y deberemos ser de algún servicio. Haga lo que quiera; mi corazón le sigue; mi disentimiento, si disiento, será más superficial de lo que Vd. cree ahora.

Y reciba un abrazo de hermano

Ramiro

P. S. Le ruego que no lea con cuidado esta carta sino a partir de la 4ª o 5ª carilla.



Fotografía de Ramiro de Maeztu con dedicatoria, "A José Ortega y Gasset, su camarada Ramiro de Maeztu". Fechada por el propio Maeztu en Julio de 1908.

[3]<sup>25</sup>

[De Ramiro de Maeztu a José Ortega y Gasset]

3c. Blenheim Mansions  
Marylebone, N. W.

15 Julio [1908]

Querido Pepe:

En la carta de ayer se me olvidaron, entre otras mil cosas:

1° Pedirle que vaya o escriba a *El Imparcial* y me envíe cuantos artículos haya publicados allí, porque son varios los que se me han escapado.

2° Decirle que persisto en no subir, al menos en escritos para periódicos de gran tirada, al plano que Vd. quiere. Esto para mí es fundamental. Yo no quiero hablar, como Costa, desde el Sinaí: me parece más difícil y mejor obra bajar al llano y tratar de suscitar dentro del llano las curiosidades elevadas. Mi obra está trazada. Levantar la democracia que sabe leer –o procurar hacerlo.

3° Prevenirle de nuevo contra el énfasis germánico. El tipo medio del Professor es magnífico, pero sería mucho más admirable si aprendiera del Gentleman el arte de ocultar el andamio de cultura; si aprendiera, en vez de llevar las joyas en los dedos, a ponerlas, por ejemplo, en el cuello de su mujer.

4° Rogarle lea las últimas líneas de un artículo “Trigo electrizado” que mando hoy a “La Corres”<sup>26</sup>. En España hay exceso y no defecto de electricidad atmosférica. Nuestros nervios andan mal no por falta de electricidad sino por sobra. Querer combatir la petulancia con un gesto de mayor petulancia si fuera, que no es, un plan deliberado, sería un plan absurdo. “Porque el odio...” etc. (la máxima budhista).

Pero no acabaría nunca y muchas de estas cosas hay que irlas diciendo en letras de molde, porque son de las que llevan semilla.

... Y enviarle otro abrazo de camarada y de hermano.

Ramiro

P. S. No se olvide de los artículos.

¿Sigue Vd. el modernismo? Yo prefiero, con mucho, Tyrrel<sup>27</sup> a Loisy<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> AO, sig. C-28/3. Copia mecanografiada. Fechada en 1908, ya que, aunque no aparece el año, hace clara alusión al principio de la carta a la anterior, enviada el 14 de julio.

<sup>26</sup> “Trigo electrizado”, *La Correspondencia de España*, 25 de julio de 1908

<sup>27</sup> George Tyrrell (1861-1909), teólogo jesuita irlandés, excomulgado por ser partidario del modernismo teológico.

<sup>28</sup> Alfred Loisy (1857-1940), teólogo modernista francés, también excomulgado en 1908.

[4]<sup>29</sup>

[De Ramiro de Maeztu a José Ortega y Gasset]

3c. Blenheim Mansions,  
Marylebone, N. W.

[Septiembre de 1908]<sup>30</sup>

Querido Pepe:

He terminado la polémica. He visto que estábamos en pisos diferentes. Vd., más arriba y mirando a más arriba todavía; yo, más abajo y mirando todavía más abajo. Lo que Vd. dice es verdad –he llegado a verlo– desde cierto punto en adelante. Mi tesis es también cierta hasta llegar a ese punto. Algo de esto digo en el artículo que he mandado ayer a *Nuevo Mundo*<sup>31</sup>, pero todo queda aún por decir, naturalmente, y como estos psicologismos o lo que sean, diga lo que quiera E. González Blanco<sup>32</sup>, nos son urgentes ahora –aunque nos sean innecesarios mañana– ya que en torno de ellos versa toda la vida política española –catalanismo, bizkaitarrismo, etc.– todo ello se irá diciendo poco a poco.

De la polémica sale mejor cimentada que antes nuestra amistad, aunque tengo que hacerle algunos reproches. Desde luego le confieso que ha logrado Vd. modificar mi punto de vista. En efecto: europeización es lo que Vd. dice: colaborar a la creación de cultura, hacer cultura, descubrir. La cuestión capital no es adaptarse al medio; es descubrir el medio. Y ésta debe ser la idea central, fundamental de un buen periodista en el momento actual histórico de nuestro país. El hecho de yo no hubiera ya llegado a este punto de vista depende de un pesimismo mayor que el de Vd., aunque todas las apariencias lo desmientan. [i]Veía yo tan lejos el que llegáramos al punto de cultura desde el cual ha de arrancar toda espontaneidad que valga algo que no creía que por el momento valiera la pena de enfocar nuestra acción hacia ese objetivo y me limitaba a estimular curiosidades más fácilmente satisfactibles! Pero tiene Vd. razón. De-

<sup>29</sup> AO, sig. C-28/4. Copia mecanografiada.

<sup>30</sup> Publicada en el número 65 de *Revista de Occidente*, octubre 1986. Fechada en septiembre de 1908 (aunque muy probablemente es de finales de agosto: se cita como fecha de escritura el día posterior al envío de un artículo que fue publicado en España el 3 de septiembre)

<sup>31</sup> “Brumas y sol”, *Nuevo Mundo*, 3 de septiembre de 1908. Ortega contestará a este artículo con uno propio: “Sobre una apología de la inexactitud”, publicado en *Faro* el 20 de septiembre de 1908. I, 221-226. Finalmente, Maeztu cerraría la polémica asumiendo públicamente su derrota en “Heine y Borne”, *Nuevo Mundo*, 10 de noviembre de 1910.

<sup>32</sup> Edmundo González Blanco (1877-1938), filósofo, escritor y traductor asturiano, residente en Madrid.

bemos inspirarnos en la visión de esa obra hasta para hacer obra más modesta y no perder de vista nunca, nunca, ni por un segundo ese ideal. No es que sea un ideal, es que es el único posible. Lo demás es perder el tiempo. Tiene Vd. completa razón (en ese punto) y ¡muchas gracias! En cuanto a los medios, persisto en que... Bueno; su artículo “La moral visigótica” le hizo a Vd. mucho daño. El hecho de que en Berlín se concilie una vida de frivolidad y corrupción con una de trabajo serio, no quita para que sea cosa excelente que el Gobierno cierre Fornos<sup>35</sup> temprano y para que se busque manera de que Felipe Trigo no haga masturbarse a nuestros adolescentes<sup>34</sup>. Berlín puede permitirse –tampoco puede, a la larga le hará enorme daño– vida nocherniega [¿?]; Madrid, no. La visión de lo superior no debe hacernos perder la de lo relativamente bueno.

Y ahora voy con sus cartas, punto tras punto.

### Cap. I.

¿Mi generación? Es Vd. injusto al decir que no hizo más que ver las cosas *à rebours*. ¿Qué podíamos hacer más que protestar rabiando contra todo un tinglado de falsos valores? ¿No era obra necesaria y buena? ¿No hacía falta buena cantidad de valor moral para realizarla? ¿No ha hecho bien Valle<sup>35</sup> obligando a la gente a escribir algo mejor? ¿Y Unamuno echando a andar, aunque a tropezones de niño, el pensamiento español? Fíjese, además, en que nuestra obra ha sido más moral que intelectual. El Madrid a donde yo llegué en 1897 no admiraba –hablo del mundo periodístico– más que a los espadachines del *chantage*. Sus héroes eran los Figueroas, Fernández Arias<sup>36</sup>, Lerroux, Fuente<sup>37</sup>, Marso (hijo), etc. etc. Nosotros hemos creado un *standard* más noble de periodista. *Azorín* le parecerá a Vd. lo que quiera (ya hablaremos) pero no es ya eso, gracias al Cielo.

Además piense Vd. en que “mi generación” hemos sido principalmente vascongados: Unamuno, Baroja, Grandmontagne<sup>38</sup> (que dirigía *La Vasconia* en Buenos Aires) y yo. Pues nosotros hemos hecho una cosa que en Madrid no

<sup>35</sup> Café de Fornos, en la calle de Alcalá de Madrid, sede de tertulias literarias frecuentado por la bohemia artística madrileña.

<sup>34</sup> Felipe Trigo (1864-1916), escritor extremeño muy popular en la época, sus novelas se caracterizaban por tener contenido erótico.

<sup>35</sup> Ramón María del Valle-Inclán.

<sup>36</sup> Probablemente Diego Fernández Arias (1855-1928), militar, periodista y diputado conservador en el Madrid de finales del siglo XIX y principios del XX.

<sup>37</sup> Posiblemente Ricardo Fuente Asensio (1866-1925), periodista republicano cercano a Lerroux en la época.

<sup>38</sup> Francisco Grandmontagne Otaegui (1866-1936), escritor y periodista coetáneo de los anteriores. Emigró a Argentina en 1887 y regresó a España en 1903, para instalarse primero en Madrid y definitivamente en San Sebastián.

puede apreciarse, porque no puede verse, en todo su alcance. Puestos a elegir entre el bizkaitarrismo –que ya veíamos iba a cubrir el país– y nuestras convicciones, nos hemos quedado con estas. De habernos ido con la corriente popular seríamos los amos en las cuatro provincias, como lo son los intelectuales catalanes en la Solidaridad. De lo que esta lucha interior ha significado no puede Vd. formarse idea. Momento ha habido en que nuestra actitud ha costado el ostracismo a nuestras familias y a nosotros mismos. Pero nuestra actitud ha salvado el honor del país vasco. Los intelectuales que hubieran deseado ir con el movimiento (Aranzadi<sup>39</sup>, el antropólogo, Areilza<sup>40</sup>, el médico, por ejemplo) no se han atrevido a hacerlo. Los vascos de algún valer que vienen detrás (Meabe<sup>41</sup>, Gutiérrez, Marcaida) están con nosotros. Y el bizkaitarrismo ha quedado descabezado para siempre. Se mueve y se seguirá moviendo por barbarie. Pero...

Este aspecto íntimo de nuestra actitud debe servir para que Vd. mire con más justicia nuestras limitaciones. Enemigos en nuestro país, exóticos en el Madrid desmoralizado de la Restauración, ¿qué otra cosa podíamos hacer sino gritar y protestar contra la inmoralidad en Madrid y contra la barbarie en el país vasco?

Verdad que esa obra, esa buena obra, ya está hecha y ahora hay que hacer otra mejor. Ya se irá haciendo, pero no se asombre si hemos dejado mucha cantidad de fuerza en el camino. Claro está que no hago más que apuntarle las cosas, pero quiero que Vd. comprenda que no debe juzgar a una generación solamente por los resultados aparentes, sin conocer antes todos los datos necesarios.

Y los resultados no son horrendamente relativos, como dice Vd. Ahí van algunos: hemos matado las corridas de todos y el flamenquismo (los krausistas no ejercieron influencia fuera de su capilla). Claro está que los hechos quedan, pero los ideales los matamos nosotros. Ya es imposible que se hagan reputaciones con revistas de toros, imposibles los casos de Eduardo del Palacio<sup>42</sup> y Peña y Goñi<sup>43</sup>, imposible que un Cavia<sup>44</sup> rebaje su espíritu a esos horrores. Ya los

<sup>39</sup> Telesforo Aranzadi Unamuno (1860-1945), guipuzcoano y catedrático de Mineralogía y Zoología primero en Granada, Botánica en Barcelona (siendo decano de la Facultad de Farmacia) y, después, de Antropología, ya en 1920.

<sup>40</sup> Enrique Areilza Arregui (1860-1926), médico bilbaíno muy cercano a la Generación del 98.

<sup>41</sup> Tomás Meabe Bilbao (1879-1915), escritor y dirigente socialista que fundó las Juventudes del PSOE en 1903, aunque su familia era carlista y en su primera juventud estuvo muy próximo a Sabino Arana.

<sup>42</sup> Eduardo de Palacio y Huera (1835-1900), periodista, escritor y crítico taurino de origen malagueño, residente en Madrid.

<sup>43</sup> Antonio Peña y Goñi (1846-1896), compositor, musicólogo y crítico taurino.

<sup>44</sup> Mariano de Cavia (1855-1920), afamado periodista que también se dedicaba a la crítica taurina. Con estos tres ejemplos, Maeztu quiere probar la supuesta incompatibilidad entre el reconocimiento de la fiesta de los toros y la alta cultura o, cuanto menos, la sensibilidad estética e intelectual.

toros no son más que un negocio. Muerto el ideal (en eso soy tan idealista como Vd.) morirán más o menos pronto las corridas. Hemos matado *Madrid Cómico*<sup>45</sup> (los versos y la prosa fáciles): consiguientemente hemos obligado a imponerse cierta disciplina al escritor y *dada* la necesidad de la disciplina es ya *posible* encaminarla a cosas más fundamentales que la mera literatura. Hemos afirmado la posibilidad de un tipo de periodista que sea al mismo tiempo persona decente, matando de paso el ideal del matón, del borracho, del pervertido, del sinvergüenza, del inculto, del empleado que no va a la oficina, etc.

Si en política no hemos tenido acción directa alguna, nuestra acción indirecta es la que ha hecho sonar la voz de Costa. Nuestros métodos no han sido científicos, es verdad. Hemos tenido que poner toda la energía en destruir ideas falsas: los pechos de granito, el milagro revolucionario, la riqueza “natural” del suelo, el conservadurismo de Cánovas, el liberalismo de Sagasta, el republicanismismo de Castelar, etc. etc. etc. Pero el resultado de la obra ha sido el dejar por delante las dos afirmaciones de los canales y las escuelas, tras las cuales no es ya difícil transparentar las de ciencia y moralidad.

En resumen: hemos destruido, hemos sido iconoclastas, hemos limpiado el país de mentiras, aunque, por “horror al vacío” (aquí es cierta la frase) los catalanes y vascos hayan levantado una mentira nueva. Ustedes, los más jóvenes, se han encontrado el papel en blanco y se preguntan por boca de Vd.: ¿Pero qué han hecho los de hace diez años? Pues eso, raspar, borrar garabatos, dejarles a Vds. el papel en blanco para que puedan estampar sus firmas, ¡y no ya sobre arena! Pero esa labor nuestra, aun dado caso de que no hiciéramos ya otra, ¿no es tras sus apariencias negativas profundamente positiva y digna de reconocimiento? ¿Y no tiene Vd. el deber de reconocerla?

## Cap. II.

(Como Vd. ve, voy para largo).

“Costa y los krausistas (solidarios inclusive) tienen fe en la espontaneidad de la raza: quitemos trabas –dice– y el árbol retoñará”. Y Vd. dice: “España sólo puede renovarse por un artificio como estuvo a punto de hacerlo en tiempos de Carlos III”.

[¡]Claro, claro! Toda civilización es en cierto modo artificio. Las dos sentencias de la frase con que Rousseau empieza su *Contrato Social* son de veracidad discutible: “El hombre nace libre: y se encuentra donde quiera encadenado”, aunque con esas dos frases puede decirse que se hicieron 1789 y 1793. Pero la traba a que aluden los krausistas es una sola: la Iglesia (las demás solo son auxiliares). Y este es el problema más grave de todos. ¿Qué hacemos con la

<sup>45</sup> Revista satírica publicada en Madrid desde 1880 hasta 1923.

Iglesia? Unamuno, que sabe teología y pudiera saber aún mucha más, se nos anda por las ramas del anticlericalismo. Verdad que no hay sensibilidad en España para las cuestiones teológicas. ¿Cómo despertarla? El problema se ha agravado terriblemente para nosotros con la Encíclica *Pascendi*. Este es asunto en que sé bastante más de lo que podría Vd. figurarse, aunque confieso que sólo soy, *por ahora*, un amateur, pero me propongo no serlo. Los jesuitas han hecho una jugada de todo riesgo. Han sacrificado al elemento intelectual del catolicismo a condición de consolidarse entre los ignorantes. Así perderán, a la larga, su fuerza en Alemania, Inglaterra, Francia y parte de Italia, pero hacen imposible toda evolución dentro del catolicismo español, que es aún su núcleo de fuerza ¡como hace tres siglos! El caso es que ya teníamos en España varios curas modernistas. Ahora están los infelices muertos de miedo al hambre. Y lo peor es que tienen mucha razón para su miedo porque antes de que surja un Fogazzaro<sup>46</sup> que les pueda ampara[r] en España, el dilema es feroz: o callarse o morir de ha[m]bre y de descrédito, que es peor.

Resumen: los krausistas harían bien al pretender quitar la traba (aunque a mí me espanta el actual materialismo francés, aunque lo creo pasajero). Pero creo que también tiene Vd. razón al querer el artificio de ciencia para renovar la raza. El arma de los krausistas era muy pobre para traba tan grande. Antes tenemos que armarnos mejor y la armadura ha de ser ciencia sólida. Solo que, ¿cómo llegamos al a disciplina de la ciencia verdad sin la moralidad?

### Cap. III.

#### *Mi influencia y tono plácido.*

Desde aquí puedo decirle que se equivoca Vd. al pensar que mi influencia actual es nula. Nunca ha sido tan grande. Lo que sucede es que no la ejerzo sobre las mismas personas que antes. Y es lógico. ¿Para qué necesita Vd. *ahora* de mi influencia? ¿Para qué las cincuenta personas sobre las que la ejercí hace diez años? Mi actual influjo es sobre un público burgués y provinciano, pero muy numeroso, al cual le estoy cambiando poco a poco su manera de ver muchas cosas, y le estoy preparando... para que Vd. pueda, si hace un esfuerzo de claridad, influir en él. Y si Vd. se dedica a otra cosa, pues, otro cualquiera. Para llegar a ese público tranquilo he ido adoptando este tono benévolo y plácido, aunque todo no ha sido plan en ello; también ha habido en mí cierta transformación debida a haber hallado al fin en Londres un poquito de felicidad. Ya hablaremos de eso. Pero el tono lo considero como un gran triunfo sobre mis nervios. Ya sé que en Madrid lo cambiaría a los pocos días. Si fuera ahora, los

<sup>46</sup> Antonio Fogazzaro (1842-1911), escritor italiano autor, entre otras obras, de *El Santo* (1905), a la que Ortega dedicó dos artículos ya citados en junio de 1908.

nervios se me volverían a hacer trizas en pocas semanas; ¿haría entonces mejor obra? Y a este tono le debo una cosa buena: el haberme afirmado su amistad. Porque si no hubiera sabido sobreponerme a la molestia que algunas cosas tuyas me han causado, habría podido decir, contra mis sentimientos profundos, algo que Vd. seguramente habría contestado en forma demasiado dura para perdonarla. Porque allí, en Madrid, lo triste es que no hay indignación profunda, pero sí irritación. Vd. tiene la indignación, que es santa y yo comparto, pero, además, la irritación que lleva a decir cosas que luego se deploran. Esta es, además, cuestión grave, como cuestión pedagógica que es. Lo veo bien en Inglaterra. Aquí la gente se indigna sin irritarse; allí, se irrita, sin indignarse realmente. Y esto hace que el trato de los españoles molesta y no ofende; mientras el de los ingleses... al revés. Pues allí tenemos que hacer que la gente no se irrite... para que se indigne. Que no se desahogue en los cafés con chismes sin eficacia, sino que se concentre y piense. Si yo realizara mi ideal, llegaría a hacer entrar muy hondo las cosas dichas en voz baja. Los españoles gesticulan demasiado y ello les dispersa por dentro. De esa gesticulación universal, de esas palabras desmesuradas que usan los periódicos nace un ambiente irritable en que es imposible toda acción sólida.

#### Cap. IV.

##### *Azorín.*

¿Qué me propuse tratándole así? Lo que Vd. me dice me coge de sorpresa. No me gusta lo que hace *Azorín* últimamente. Barnés<sup>47</sup> me ha hablado de dos artículos de Vd. contra él, que yo no he leído<sup>48</sup>. Me hace mucho daño ver que *Azorín* ande bombeando a obispos bárbaros. Su fuerza de pensamiento no me ha parecido nunca grande. No le he creído nunca inteligente. Pero admiro su prosa... y el que no fume y sea laborioso y ordenado. ¡Qué sé yo! Le quiero. Me parece una víctima de la Iglesia. Se me figura que lleva en el cerebro una losa de catedral que le cohibe para hacerlo funcional por el lado racional. La herencia pesa demasiado sobre él. Le creo sincero hasta cierto punto. Hay en él un odio instintivo contra todas las cosas que yo quería cuando niño: la libertad, la Marsellesa, el himno de Riego (y que sigo queriendo). Por lo mismo que es un odio instintivo e inevitable me da lástima. Lástima por ese lado; admiración por el modo de escribir: resul-

<sup>47</sup> Puede referirse a cualquiera de los hermanos Barnés Salinas: Francisco (1877-1947) o Domingo (1879-1940). Probablemente al segundo, muy cercano a Ortega, a la Institución Libre de Enseñanza y a la Escuela de Magisterio. Domingo Barnés, además de dedicarse a la pedagogía tuvo una carrera política durante la Segunda República que culminó como ministro de Instrucción Pública durante el Gobierno de Lerroux en 1933.

<sup>48</sup> Maeztu se refiere a "Sobre la pequeña filosofía", *El Imparcial*, 13 de abril de 1908, I, 162-165 y "El cabilismo, teoría conservadora", *El Imparcial*, 20 de mayo de 1908, I, 173-175.

tado, cariño. Me dio pena que Vd. le maltratase y eché adelante el cuerpo para recibir algunos de los palos. ¡Qué sé yo! No leo el *ABC*; tampoco lo quiero leer para no irritarme ni con *Azorín* ni con su séquito (Salaverría<sup>49</sup>), aunque éste no es neo, pero demasiado agrador de Segismundos. De otra parte, no sé. Algo absurdo dentro de mí que me hace esperar sin esperanza que *Azorín* llegue a cansarse de incensar adoquines y de su acta y de su pequeña filosofía. ¡Y qué sé yo! ¿Qué me propongo? Pues no lo sé.

#### Cap. V.

##### *El bloque y el tontaina de Melquiades.*

Conforme. Nunca me fie de Don Melquiades. Creo haber tenido el honor de haber escrito el primer artículo dañino que se escribió contra él: “ni negro, ni rojo”, decía él: “color de chocolate”, le contesté. No me arrepiento, pero a veces me pregunto si hice bien. Al venir a Madrid quiso no solo el aplauso de los rotativos –que obtuvo– sino el de nosotros, que le fue negado, en parte por mi culpa. La única explicación de Don Melquiades es que, cuando joven, padeció bajo el poder de Pidal<sup>50</sup> y la infamia de su pobreza. En Asturias como en Vizcaya es infamante la pobreza. El hombre quiere ahora desquitarse, pero esto no le disculpa.

¿El bloque? Yo me alegraría de que Maura siguiese en el poder cinco o seis años más, a ver si se iban muriendo los exministros liberales y ver si iba formándose un núcleo de opinión liberal socialista.

#### Cap. VI.

##### *La vaguedad de mi socialismo.*

No tiene Vd. razón. Hace más de dos años que no he publicado una sola línea que no sea estricta y rotundamente socialista. El error de perspectiva es suyo. Como madrileño que es no conoce a España. El socialismo en España, para que fructifique y arraigue, tiene que cambiar en dos sentidos: 1º No ha de ser partido obrero en Madrid, porque en Madrid no hay apenas obreros, sino intelectual y burocrático (de una buena burocracia, por supuesto). En esto supongo que

<sup>49</sup> José María Salaverría (1873-1940), periodista, ensayista y escritor español, menos reconocido que las grandes figuras de la Generación del 98, pero muy activo políticamente, siempre desde la prensa.

<sup>50</sup> Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), escritor y político católico y conservador de ilustre familia que ocupó el escaño por el distrito de Villaviciosa (Asturias) desde 1876 hasta 1913. Además de diputado, fue ministro de Fomento, presidente del Congreso de los Diputados y embajador de España en el Vaticano. El padecimiento al que se refiere Maeztu muy probablemente tiene que ver con el poder de Pidal en Asturias, su defensa cerrada de la influencia del catolicismo en el Estado español y su hostilidad hacia quienes los cuestionaban, especialmente en Asturias, de donde procedía Melquiades Álvarez.

estará Vd. conmigo. 2º No ha de ser antimilitarista por dos razones: a) porque la única garantía del obrero provinciano frente al patrono está en el ejército; y b) porque en España es posible convertir al socialismo a los más de los oficiales del ejército, que son pobres, se encuentran menospreciados por los ricos de provincias y son el sostén, artificial pero necesario, del Estado y cultura consiguiente. De ahí que en mi campaña socialista trate de eliminar los dos caracteres de la lucha de clases y del antimilitarismo. Algo de esto ha empezado a entrever el militar de *Faro*, supongo que es Burguete<sup>51</sup>. Y este es punto de importante valor táctico. El hecho de que rehúya, *por ahora*, la palabra “socialista” se debe a que conozco a los españoles: tienen, como gentes irritables, el alma en la piel. Las palabras les asustan, pero, poco a poco, voy llenando de ideas socialistas las cabezas burguesas de mis lectores actuales. Esta es obra que creo necesaria.

### Cap. VII.

#### *Mi regreso.*

¡Claro que he de volver a España! El cuándo le suplico me lo deje. Será cuando me sienta con la fuerza nerviosa necesaria para afrontar lo que allí me aguarda. Cuando volví de América (1.894) estaba yo medio muerto, física y moralmente. Estos catorce años y sobre todo estos tres han sido de convalecencia, pero vuelvo a sentirme lo que era de chico. También yo me estoy disciplinando y “entrenando”. Hay en todo ello un largo drama íntimo (fisiológico), que hasta ahora creí sería tragedia, y que ya veo tendrá feliz desenlace.

La idea de unirnos Unamuno, Vd., Grandmontagne, Flores<sup>52</sup> y otros para hacer campaña socialista me parece excelente. En Madrid pasé siete años buscando gente a la que unirme, hasta para servirles de vocero. Me vine escapado porque no la encontré y había ya dejado de creer en el hombre solo. Si la hay ahora, si el catalanismo les ha hecho salir de su modorra, ante la perspectiva del peligro, yo estaré con ella. Pero quiero verla y no echarme nuevamente a andar con la linterna. Los nombres que Vd. me cita, vea: Unamuno está en Salamanca, Grandmontagne en San Sebastián, Flores en Barcelona, usted en su cátedra futura (ya supongo que será para Vd. si los examinadores son personas decentes)... Lo mismo da que siga yo en Londres. Prefiero seguir apacentando a mi rebaño que ponerme a dar gritos, mientras no vea gente que “saque el pecho afuera”. De ahí aquella frase del “frito variado” que tanto le indignó... y sin embargo...

<sup>51</sup> Ricardo Burguete y Lana (1871-1937), militar y ensayista español, nietzscheano en la época, amigo de Maeztu y cercano al regeneracionismo.

<sup>52</sup> Antonio Flores de Lemus (1876-1941), prestigioso economista y político español. Fue catedrático de Economía política en Barcelona y Madrid, además de estar ligado en distintas épocas al Ministerio de Hacienda.

Aquí toca Vd. una llaga que duele. Verdad que viví en Madrid en un mal medio y que ahora no volvería a entrar en un café ni me disolvería en charlas, pero el recuerdo de aquellos siete años me duele demasiado. Pero todo eso ya se lo puede Vd. imaginar, Vd. que ya se ha dado de encontronazos frente a lo que Vd. llama insensibilidad moral de la raza. ¡Tres siglos de abominar del santo quijotismo! ¡Y aún Vd. tiene el refugio de sus libros!

Pero esto no es egoísta lamento. Pienso en lo que Vd. sufre ahora y me espanto. ¡Pobre Pepe! ¡Y pensar que el sapo hinchado de Gabrielito Maura<sup>53</sup> habría tenido tanto gusto en darle un acta! Pero nada de lágrimas pueriles. Lo que hace Vd. está bien y es lo que debe hacer un hombre. Guarde el temple, que es lo principal, aunque Vd. crea principal lo que el temple le ha dado.

### Cap. VIII

#### *Confiteor*<sup>54</sup>.

Todo lo que diga Vd. de mi desorden mental me hace mucho bien. Me molesta, pero se lo agradezco. Trato de curarlo. Leo con toda la posible fuerza de atención, después de mi trabajo, libros de fundamento. Subrayo, tomo notas, busco en ellas a menudo la interpretación de la noticia del día que me interesa. De todos modos ya sé al escribir que hay un 1 por 1.000 de lectores que sabe *mejor* que yo lo que voy a decir, sea lo que fuere. Ello es inevitable en el periodista y yo soy periodista. Ser periodista es ser repórter de hechos o de ideas. ¿Que he cometido errores garrafales en filosofía y en economía? ¡Claro! Y en todo lo que trate. Es inevitable. No puedo menos de pensar en el asunto que traiga entre manos y ese pensamiento tiene que ser incompleto. Aunque entrañe una verdad forzosamente he de haber llegado a ella por intuición y no por el método propio a cada ramo del saber. Pero cuando hace Vd. distinciones entre las causas que defiende y los argumentos con que las sostengo, comete una injusticia. Si yo fuera profesor no recomendaría a mis alumnos mi manera de formar opiniones, como un profesor de matemáticas no puede recomendar el *sistema* instantáneo de extraer raíces cúbicas que empleaba Inaudi<sup>55</sup>. Pues esa es mi manera en otros asuntos. He observado que mis conclusiones son exactas generalmente, que cuando me aventuro a decir que los japoneses van a ganar, ganan; que cuando fijo los ojos en una personalidad naciente y digo, ¡vale!, en efecto llega a valer. Esto

<sup>53</sup> Gabriel Maura Gamazo, político e historiador español, varias veces diputado a Cortes e hijo de Antonio Maura. En 1908 era considerado una de las jóvenes promesas del Partido Conservador y había tenido una polémica en la prensa con Ortega a principios de ese mismo año. Sobre esto último, véase: "La conservación de la cultura", *Faro*, 8 de marzo de 1908, I, 147-154.

<sup>54</sup> Yo confieso...

<sup>55</sup> Jacques Inaudi (1867-1950), calculista prodigio muy popular en Francia en la época, aunque de origen italiano.

no es científico, ya lo sé; no puede enseñarse. Depende de una elaboración subcon[s]ciente, según la terminología de los psicólogos modernos. Probablemente en la cátedra vale más llegar (o no llegar) a una conclusión inexacta por buenos métodos que a una verdad por intuición. Pero en el periodismo, donde se trata de difundir pensamientos, de sugerir, de despertar, de remover, de interesar, de poner a las gentes en la pista, etc. ya es otra cosa. Y en nuestro país dormido esa labor es buena. Porque lo grave no es que haya en España desorden ideológico; lo grave es que no hay ideas, ni en orden ni en desorden, fuera de unos cuantos bohemios de Madrid, cuyo caudal ideológico es también muchísimo menor que su desorden. Y, sin embargo, creo que nuestro pueblo es *inteligente*; lo que sucede es que no tiene ideas *entre* las cuales *escoger*. Ni la religión, ni las escuelas, ni las letras impresas se las dan. ¿De dónde ha de escogerlas? Pero las ideas que hay no las encuentro yo en desorden (fuera de Madrid) sino enlazadas en sistemas muy pobres pero muy apretados. Ejemplo: el bizcarrismo. Su sistema es: los vascos, independientes desde la creación del mundo, nos unimos a Castilla a condición de que guardara nuestros fueros. Es así que Castilla no los ha respetado. Luego... ¡vaya Vd. con sistemas a esa gente! Lo que hace falta es meterles en la mollera un aluvión de ideas nuevas, y dejar que las sistematicen luego. Pues una sistematización semejante yo la veo en todas las molleras españolas, salvo siempre las de algunos bohemios, en donde, además, no sería difícil, raspándoles un poco el desorden de fuera, encontrarles otro silogismo fundamental como ése. (Recuerde la tesis de Valle Inclán sobre el párrafo único destinado a inmortalizar un nombre en una Antología).

Usted dice: “¡orden en la habitación!”. Tiene mucha razón. Ya me doy cuenta de que pongo algunas veces en la sala los chismes de cocina. Pero yo le contesto. ¡Lo que hacen falta son muebles y chismes en la casa! Y también digo verdad. Confiese Vd. que las dos obras: la de aporte y la de ordenamiento son igualmente necesarias. Es posible –aparte que su educación le ha hecho a Vd. concentrarse sobre unos cuantos puntos y a mí desparramarme en una infinidad– que nuestra diferencia en esto provenga de que Vd. enfoque su pensamiento hacia el intelectual medio de Madrid, político, articulista, etc., en quien ve Vd. un Caos que desea transformar en Cosmos; mientras yo pienso para el intelectual medio de España, en cuyas ideas veo un Cosmos ridículamente pequeño, que deseo transformar en Caos para que luego salga de allí un Cosmos aceptable, europeo. Esto es lo que me ha movido a aceptar la tribuna del *Nuevo Mundo*, precisamente por su insubstancialidad y difusión, y lo que me retiene en periódico tan burgués como *La Correspondencia*<sup>56</sup>. Me acuerdo de que los primeros escritos que removieron mi espíritu infantil fueron unos artículos que

<sup>56</sup> Hace referencia a *La Correspondencia de España*.

publicaba en las cubiertas de *El Camarada*, de Barcelona, ¡Don Antonio Sánchez Pérez!<sup>57</sup>.

[¡]Ah! Cuando le hablaba de mi *método psicológico* me refería no a *eso*, sino a mi costumbre de enlazar las cosas, los sucesos, a sus personajes, v. g.: sus ideas a Vd. Usted lo tomó en el sentido elevado, estricto, y cae consecuentemente sobre mí. Ello hace bien, se lo repito, ¡pero entendámonos!

### Cap. IX.

#### *Usted.*

Sí, está Vd. triste y soliviantado. Veo que ha trabajado Vd. mucho, que está irritable y que padece de patriotismo. Del trabajo nada le digo. Siga Vd. trabajando, hasta ganar su cátedra. Yo no le estorbaré con polémicas, aunque naturalmente la sacudida espiritual que me ha dado la verá reflejada en muchos artículos. Para curarse de la irritación tendrá que hacer un esfuerzo. Lo mejor sería, puesto que va Vd. a sumirse en sus estudios por algunos meses, que no leyera periódicos, si es que no puede Vd. tomar esa lectura como diversión. En cuanto a su dolor patriótico piense que su obra será igualmente provechosa –no digo más– dentro de uno o dos años. Parte de esa irritabilidad no es de Vd. sino del aire que respira. Madrid es una ciudad donde las cosas no cambian apenas y donde vive casi todo el mundo como en vísperas de una lotería o de un terremoto. Ello es un resabio de los tiempos de *la gorda*<sup>58</sup> y los pronunciamientos. Pero Vd. tiene que armarse contra todo eso. No crea en las visiones catastróficas de Costa ni de nadie. Dentro de dos años todo estará lo mismo, poco más o menos. Y nuestra obra no puede hacerse en unos cuantos meses. Vd. habla de renovar en un periquete las ideas políticas de España. En esa obra pondremos Vd. y yo los cuarenta o cincuenta años de vida intelectual que nos quedan –en estos tiempos los intelectuales suelen vivir mucho– y aunque haremos bastante, siempre será muy poco.

Usted quiere dar a los intelectuales españoles un punto luminoso en que se centren sus miradas. ¡Gran propósito! ¿Pero qué impulso le mueve a creer que ese punto luminoso ha de ser un sistema de ideas? No lo entiendo. Me habla Vd. del socialismo. Yo también soy socialista. Pero lo que Vd. me dice se propone es: “aterrozar al señorito, al cura y a la mujer”. Y claro está que si habla Vd. de socialismo les aterroza. Pues lo que yo me propongo es habituarles poco a poco a pensar y sentir en socialista. Primero, la cosa; luego, la palabra. Mi labor la creo factible porque son tan escasas las ideas que tienen que pueden aceptar otras

<sup>57</sup> *El Camarada* fue una revista infantil publicada semanalmente entre 1887 y 1991 en Barcelona. Además de Antonio Sánchez Pérez (1838-1912), periodista y escritor español de corte republicano, se publicaron en esta revista textos de divulgación científica de autores como Giner de los Ríos.

<sup>58</sup> Apelativo a la Revolución de 1868, también llamada la Gloriosa.

cualesquiera, si se les van administrando con prudencia. Pero si Vd. empieza a decirles *c* por *b* y como  $2+2=4$  lo que se ha de creer y lo que se ha de orar, ¿no han de espantarse? —Mala táctica, Don Pepe. Yo también he pasado por esa crisis de “ahora o nunca”. Ya, no. Estoy en el socialismo, no trabajo para otra cosa, pero me propongo tranquilamente darle toda la vida, y una vida larga, pero sin necesidad de la corbata roja y del dogmatismo mental. El punto luminoso es necesario, pero dentro, dentro, mejor dentro del alma que fuera. Y no es cobardía. ¡He sentido tantas veces el deseo de hacer saltar con dinamita esa vergonzosa ladronera del Banco de España! Pero, ¿le haría verdaderamente algún daño el sacrificio de mi vida en una hora? ¿No le hará más daño la devoción de mi vida en 80 años? Sin embargo, le prometo volver a meditar esta cuestión de táctica. Desde ahora entreveo un momento en que la propaganda embozada tendrá que hacerse de modo resuelto. Aún no lo creo llegado. Aún no creo que podría así servir mejor la idea. Yo veo en el socialismo un fin demasiado elevado para sacrificarle hasta el placer de llamarse socialista a destiempo. Es nuestra Iglesia, pero una Iglesia más compleja en que no basta el bautismo y la confesión ante el César, sino que requiere un largo entrenamiento, una completa saturación.

*Y Fin.*

Aunque de buena gana me pasaría dos semanas escribiéndole, no puedo ya más.

Me habla Vd. de sus artículos sobre su teoría del “pueblo” y de la “élite”. Vuelvo a rogarle que me los envíe<sup>59</sup>. No los he leído. Aunque está atareado, pídales a *El Imparcial* y mándemelos. Sólo de raro en raro leo *El Imparcial*.

Me habla de Flores. Sé que tiene talento y que ha estudiado. Lo que quisiera es saber algo del hombre. ¿Es de fiar? ¿Es altruista fundamentalmente su ambición?

Usted ha leído en lo que dije sobre Sócrates pensamientos que nunca tuve. No pensé en que Vd. pretenda que las madres amen por dialéctica. No pensé sino lo que dije; que Sócrates no hacía bien al tratar de mostrar su ignorancia “a todo el mundo”.

Su menosprecio (¿le interpreto bien?) de la religiosidad, que para mí es la sensación de lo Invisible, me parece muy mal. La crítica del siglo XX ni la del XXIII no puede nada contra esa sensación, que en mí, ahora lo veo, ha sido siempre y sigue siendo fuerte. Es la raíz de mi vida. La crítica muerde y destruye los dogmas, pero los dogmas —y los sistemas también— no me parecen más que cáscara. Lo que me parece imposible es que un nuevo Concilio de Nicea

<sup>59</sup> “De re política”, *El Imparcial*, 31 de julio de 1908, I, 193-197, y “Disciplina, jefe, energía”, *El Imparcial*, 12 de agosto de 1908, I, 203-207.

vuelva a disputar sobre el “homoousion”<sup>60</sup>. Pero cuanto ha dicho Unamuno sobre la fe pura me parece excelente y satisfactorio. No sé si coloca Vd. esa sensación más acá o más allá de la idea. A mí me parece causa de emociones, de acciones y de ideas y casi lo menos importante me parecen las ideas. [i]Si habláramos! Si habláramos es posible que el *malentendu* se despejase, si no se trata de una diferencia demasiado radical de la modalidad espiritual. [i]Si habláramos! Pero ¿cuándo?

¿Desligarme de *La Correa*?<sup>61</sup> ¿Y para qué? ¿Y qué más da? De sus graves proyectos hábleme cuando quiera, un día en que esté cansado de escribir sus tesis.

Mis proyectos son muy sencillos. Trabajar cada día hasta que no pueda más; mezclar este trabajo de escribir con la lectura lo más atenta de los mejores libros; seguir la actualidad; interpretarla lo mejor posible; y poner en cada artículo toda la cantidad de sinceridad y de bondad que esté a mi alcance y me permitan los periódicos. Y, para recompensa de la efimereidad [*sic*] de esa labor, una fe ciega, religiosa, en que una vida así no puede ser inútil.

Dice Vd. que estoy obligado a hacer mucho más. Nunca podré hacer más de lo que pueda. Lo que podré es trabajar acaso de otro modo; concentrarme sobre unos puntos, abandonar otros. Ello lo fío a las circunstancias. Vd. me dice que es el Hombre-Plan; yo soy al revés; pero como trabajo cada día todo lo que puedo, no tengo ni tiempo de deplorarlo. Vd. me dice que esta labor espontánea “no puede ser buena”, porque lo espontáneo del español de hoy no puede ser bueno. Yo le contesto que esta labor mía “tiene que ser buena”, y que la de Vd., que es bueno, “tiene que ser buena”, por muchos tropezones que den con las más las ideas de Vd. ¿Fatalismo? No. En ingeniería, la precisión es indispensable; en este mundo ético en que emplazamos el problema español, lo esencial me parece la bondad; y para la bondad de los demás, nuestra bondad.

En fin, otro abrazo.

Ramiro de Maeztu

P. S.: En el artículo de *Nuevo Mundo* se me ha escapado un adverbio, “absolutamente”, en que le doy a Vd. la razón. Conste que después lo he pensado y lo retiro. La moral no es nunca absolutamente ciencia. Su raíz originaria es siempre lo Invisible, no el conocimiento; este es sólo auxiliar.

<sup>60</sup> Así escrito por Maeztu: “consustancial”, dogma aplicado a la Trinidad y sancionado en los concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381)

<sup>61</sup> Hace referencia a *La Correspondencia de España*.

[5]<sup>62</sup>

[De Ramiro de Maeztu a José Ortega y Gasset]

3c. Blenheim Mansions,  
Marylebone, N. W.

[s. f.]<sup>63</sup>

Querido Pepe: Cuatro líneas *pragmáticas*.

*Mándeme* –lo pido por la 3ª vez– sus artículos de *El Imparcial*. Solo conozco los de Faro. En esto no le *permito* más dilaciones.

Si tiene ocasión, ponga a Grandmontagne en comunicación con Flores de Lemus. No sé por qué me temo que en algunas cosas no esté del todo bien documentado nuestro admirable Grandmontagne. Y ello habría que evitarlo a toda costa –y teniendo ante todo en cuenta lo excesivamente delicado y vidrioso que es Grandmontagne. ¿Me entiende Vd.? Si lo que dijo días pasados de ese Aguilera (del Fomento) es exacto, es decir, si Grandmontagne está bien documentado lo que hizo Aguilera es horrendo o intolerable. No hay derecho a mentir a sabiendas.

Su carta que agradezco me hace ver la dificultad de entendernos por escrito y justifica los reparos que yo puse –con intención que Vd. no ha visto– a su exceso de precisión verbal. Una cosa es *saber* con precisión científica lo que es el bien: otra inducir a hacer lo que ya sabemos que es el bien aunque no sea científicamente. Todos los comerciantes españoles o un buen número de ellos al menos, saben que el Banco ha repartido sus dividendos a cuenta de préstamos que el Estado ha hecho al Estado. Todo el mundo o casi todo el mundo sabe que así se han malversado más de 2.000 millones de pesetas. Pues los que lo han sabido mejor... ¡han sido Ministros de Hacienda u obtenido momios arancelarios, tabacaleros, explosivos, azucareros, trasatlánticos, etc. precisamente por saberlo y callárselo!

La pregunta de Platón: “¿pero lo han visto bien?” está bien para una cátedra. Para la vida práctica no puede Vd. negar que todos esos sinvergüenzas lo han visto lo bastante bien, para no haberlo hecho de haber sido personas decentes, aunque sin ciencia.

<sup>62</sup> AO, sig. C-28/5. Copia mecanografiada.

<sup>63</sup> Fechada en octubre de 1908 en el catálogo del Archivo Ortega en la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. Sin embargo, no se conserva dato de fecha alguna.

Cito el caso del Banco porque me parece el central, el fundamental de nuestra orgía económica. Los abusos arancelarios que Grandmontagne denuncia me parecen obtenidos por *chantage* contra los políticos afectos al Banco.

La objeción de Vd. ¿Pero por qué no eran personas decentes?, también está fundada. Vd. va a la raíz y hace bien, pero el público no puede remontarse a ella y de ahí que yo me quede en las causas inmediatas, para ir destruyendo esas aguas turbias del ideologismo inmoral: “No hay que meterse a Redentor, no hay que ser Quijote, etc.” Y para ello tengo que apelar al sentimiento, porque, aunque no creo como Vd. no cree, en la bondad natural, creo en cambio en la existencia de algo bueno, de algo religioso en todas las almas, que puede suscitarse aún desde las que Vd. llama aguas medias del alma y, sobre todo, desde ellas. Todos no pueden ver bien, pero todos o los más pueden sentir bien, si se les induce a ello.

En cuanto al origen último de la acción buena, no niegue Vd. que ha de buscarse más adentro de la conciencia, en el plano sub-liminal, espiritual, religioso, que es el que proyecta a la conciencia los postulados morales que luego afirma la razón. El orden histórico debe ser: 1º el acto bueno espontáneo; luego la conciencia que lo llama bueno; después la razón que funda la ética. La afirmación de Vd.: “*nada hay absolutamente bueno fuera de la buena voluntad*”, que es la de Kant en su *Metafísica de la Moral* – ¡ya empiezo con mi Kant! – era la que yo sustentaba originaria aunque confusamente. Pero no puede empezarse por la ética sin presuponer en los demás el punto de poderío razonador de Kant, su fuerza mental, su dominio de sí mismo, etc., lo que es absurdo. Kant poseía un alma libre, soberana. En la humanidad de nuestros sueños la poseerán todos los hombres, pero ¿y hasta entonces?

Abusa Vd. conmigo de su superioridad tecnológica. Dice hablando de su fe en la ciencia: “Necesidad de precisión no es esencialmente fe en la precisión”. ¿Qué es sino fe esa necesidad de creer lo que no se veía? Claro está que terminológicamente mi tesis es posiblemente inexacta, pero substancialmente, esencialmente... Un hombre emigra a América porque necesita pan. ¿No es eso tener fe en que hallará pan en América? Estudio porque necesito ciencia. Si eso no es tener fe, ¿qué es la fe?

“¿Parece esto sutileza?”, pregunta. Pues, claro está que lo parece.

Conste que yo no digo que la moral sea originariamente un impulso casi ciego, sino el acto moral, antes de que la moral se conociera, como ocurre todavía, desde el punto de vista científico, a casi todos los mortales. La tesis de que es necesaria la ciencia para la acción pública es horrendamente anti-democrática. El elector no puede estudiar derecho político etc. antes de votar. Y sin embargo, ¿es deber nuestro inducirle a votar! ¿Ve Vd. a qué conclusiones le lleva su exceso de escrupulosidad intelectual? Veo su objeción. La de que Vd., en cam-

bio, necesita estudiar. Pero, ¿ve Vd. mi objeción? ¿La ve Vd. de veras? ¿Ve Vd. mi deber periodístico de objetivar mi inteligencia, de ponerla en contacto con la de mi lector? ¿de ponerme en su plano?

Ándese con cuidado en el asunto de la unidad originaria e insoluble de los tres modos de la producción psicológica. Más parece –aunque ello es compatible con la unidad de conciencia– que volvemos todos a creer en los tres planos del Evangelio: cuerpo, alma (conciencia individual) y espíritu (conciencia universal).

¿Ha seguido Vd. los ensayos pluralistas (politeístas) de James<sup>64</sup> en los últimos números de *Hibbert Journal*? ¿Y el libro de Myers<sup>65</sup>: *Human Personality*? ¿No está Vd. haciendo su Cosmos en un periodo en el que la irrupción de nuevos datos está haciendo un Caos? ¿No está Vd. dando valor definitivo a lo que es solo una *working hypothesis*?

Querido Pepe: retiro lo de desleal, lo retiro todo. Voy a ponerme a estudiar de veras para darle gusto y para que no esté Vd. condenado a monólogo. Creo en Vd., en el *hombre* que estudia..., pero, me temo que si Vd. sigue en su posición mental dentro de un par de años que dedique yo al estudio más sistemático que me sea posible, seguiremos estando lejos. Tengo que comer y que trabajar. Deme más datos sobre la cátedra. Escribiré –ya lo sabe– cuanto me diga, porque a priori sé que será bueno.

Suyo, fraternalmente,

Maeztu

<sup>64</sup> William James (1842-1910), el gran filósofo pragmatista.

<sup>65</sup> Frederic Myers (1843-1901), poeta, filólogo y especialista en investigación psíquica, cuyas reflexiones sobre la supervivencia del yo a la muerte corporal están recogidas en la obra que cita Maeztu.